

116-4

Leg 42

Recpt 2

H

973

DISCURSOS

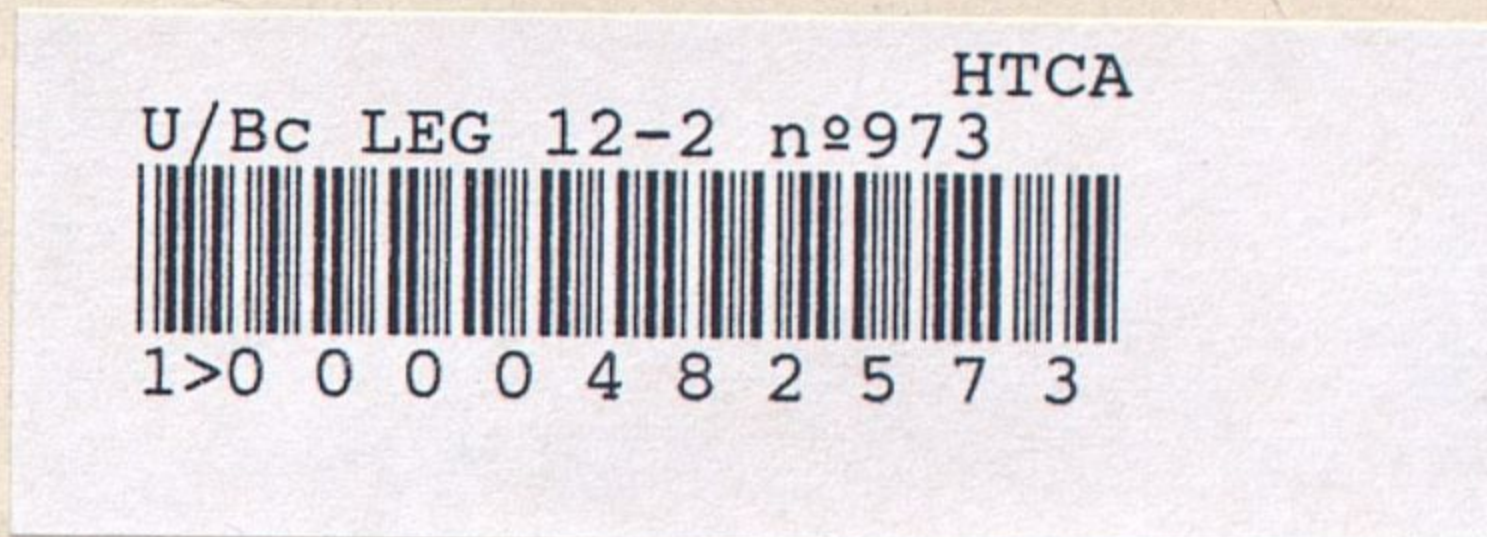
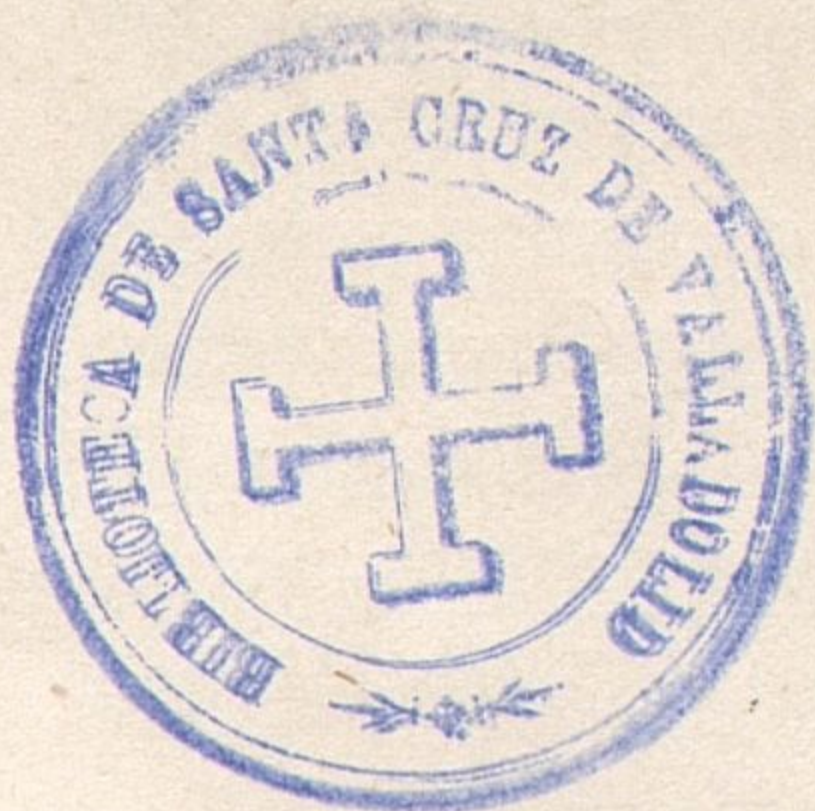
LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA,

EN LA PÚBLICA RECEPCION

DE

D. AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.



MADRID,

IMPRESA Y ESTEREOTIPÍA DE M. RIVADENEYRA,
Salon del Prado, núm. 8.

1856.

UVA. BHSC. LEG.12-1 nº0973

DISCURSOS

DE LA HISTORIA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

DE LA HISTORIA

D. ALEJANDRO FERREYRUELO Y OTERO

MADRID

EN LA TIENDA DE LA HISTORIA DE LA HISTORIA

DE LA HISTORIA DE LA HISTORIA

1880

A la Biblioteca del Excmo Sr Duque de Osuna

Joaquín Armador de los Ríos

DISCURSO

DE

D. AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE.

SEÑORES :

Por mas que lo intentara, no podria negarlo : mi voz, mi ademan, la ansiedad de mi espíritu y la ofuscacion de mi entendimiento, harto os han de decir que me falta serenidad en estas circunstancias solemnes. Con rubor en el rostro, con miedo y suma desconfianza en el corazon, ardiendo en inmensa gratitud, sin acertar á expresarla con la vehemencia que me agita, llego pues al santuario de la Historia, donde se asientan esclarecidos varones, ornamento de la patria literatura. Y ¿ cómo pisar estos umbrales alentado y sereno, hoy que me confundis con vuestra benevolencia; hoy, que veo y toco, á fuer de honrado, cuánta es la desproporcion entre mis escasos merecimientos y el favor insigne que de la Academia recibo? Si en trance igual todos vosotros con gloriosos títulos os habeis turbado, ¿ qué será de mí, que no los tengo? Ayer fuisteis pródigos conmigo; sed indulgentes ahora.

Mas el deseo de no llegar á este sitio sin ofrenda, aunque humilde, y (fuerza es que lo confiese) el de encubrir de alguna manera mi rudeza y cortedad de ingenio, me llevan á utilizar en esta ocasion varios documentos inéditos del archivo general de Simancas, y á discurrir sobre cosas no extrañas á

mis estudios anteriores, que por sí mismas han de interesar á un auditorio compuesto, como el en que repara mi vista, de españoles generosos é hidalgos. ¿Qué medio mas adecuado para excitar su interés y enardecer su ánimo, que el de consagrarme á vindicar la honra de españoles hidalgos tambien y generosos? ¡Es tan grato á ciertos pechos, es tan noble en todos, ha de parecer tan bien en este recinto levantar la voz defendiendo los fueros de la verdad, y sobre todó, de la verdad que patrocina á esclarecidos compatriotas nuestros! Voy pues á ocuparme ligeramente en el exámen de la célebre conjuración de Venecia de 1648. Y aprovechando estos nuevos datos, de autenticidad indisputable, arrojaré alguna luz sobre tan extraordinarios sucesos, para que se desvanezcan las calumnias con que la pasion de historiadores enemigos de España ha pretendido manchar la memoria del siempre victorioso D. Pedro Tellez Giron, virey de Nápoles; de D. Alonso de la Cueva, nuestro embajador en la Señoría, y del gobernador de Milan, D. Pedro de Toledo. Pero antes necesito hacerme cargo del estado de España é Italia á principios del siglo xvii; luego desnudaré del atavío novelesco y fabuloso los impíos asesinatos de Venecia, y con buenos fundamentos procuraré explicarlos del modo mas natural y probable.

A Felipe II, príncipe en quien resplandecian prodigioso talento y muchas de las cualidades que hacen grandes á los reyes, sucedió, en edad de 20 años, su hijo Felipe III, el cual, si bien atesoraba las raras prendas que realzan al hombre privado, carecia absolutamente de las necesarias é indispensables para empuñar el cetro. Educado bajo los auspicios de un padre no nada comunicativo, antes severo en demasía, pero que debió á la naturaleza muy sobresalientes dones y voluntad de hierro, acostumbróse desde niño á respetar aquellos y á temer á esta, y solo aprendió á obedecer. Reparó en la

confianza que su padre hizo siempre de sus ministros, porque los escogia buenos, y no le fué dado advertir que sin cesar velaba sobre ellos para que el descuido no los hiciese malos. Ni por aventura echó de ver que la suma potestad y disposicion de las cosas exclusivamente dependia de solo el arbitrio de tan experto monarca; y que por ello naturales y extraños veneraban sus decretos, como hijos de la gravedad y tino que todos en su gran juicio reconocian. Felipe III cazaba y rezaba, dejando abandonadas las riendas del poder en manos de sus ministros. Faltábale, sobre todo, la cualidad mas importante que deben tener los príncipes, y que poseyó en eminente grado Felipe II: á saber, el acierto en elegir personas á propósito para desempeñar bien los cargos públicos. En una palabra, se hubiera contado entre los mejores hombres, á no ser rey, y entre los mejores reyes, á tener mejor privado.

Mas un astuto prócer, curtido desde su juventud en las arterías palaciegas, ambicioso é interesable, pero sin ninguna de las dotes que pide la gobernacion de un reino, tuvo arte para subyugar al Soberano, para dejarle únicamente la figura y apariencia de monarca, y arrebatarle voluntad, valor y dignidad imperatoria. Y ¡cosa tristísima! este hombre, á su vez flojo, regalón é indolente, abandonaba el manejo de los negocios, de que en el reinado anterior estuvieron abstraídos los magnates, al arbitrio caprichoso y ciego de secretarios ignorantes, de criados indignos y de infames aduladores. Todo lo tomaba para sí, y no pedia para los otros; amigo de la lisonja, aborreció la verdad y la virtud; difícil en las audiencias, duro en las respuestas, inaccesible en el trato, soberbio en el mandar. Quería hacer todas las cosas, y embarazaba á los demás que las hiciesen; déspota con los súbditos, exigía ser adorado como rey. Cerrado al amor su pecho, era celero, espía y asechanza de su Señor.

Hé aquí en un momento deshecha la obra del hijo de Carlos V, aportillado el muro que labró su prudencia, abierta la puerta á la dádiva, al ruego femenino, al cohecho, prevaricación y peculado. Las intrigas y bajezas de los entremetidos arrinconarán á los beneméritos; la desvergüenza se enseñoreará en oficinas y tribunales; para el hombre de bien no habrá libertad natural, amparo de la ley, fueros de la justicia; los procuradores á Cortes irán resueltos de saciar su codicia á costa del pueblo miserable; las letras y las artes serán tenidas en poco; Cervántes morirá en ultimada pobreza, y una turba hipócrita de ineptos y malvados arrastrará la nación al precipicio. Ved arruinadas la agricultura, la industria y el comercio; despoblado el reino, exhausto el erario, enajenados los oficios de la corona, las contribuciones en aumento, cegadas las fuentes de la prosperidad pública, el desórden mas espantoso en la hacienda, la venalidad mas inaudita en la provision de los destinos: ved ahí, señores, el fatal gobierno del duque de Lerma, y el origen de la decadencia lastimosa de España. Ministros salidos del polvo de la tierra aparecian á cada instante, cargados de millaradas de renta, que salian, ¿de dónde sino? De sangre de los pobres, de las entrañas de negociantes y pretendientes. Los desprecios para el hombre honrado; para los crímenes los premios, los hábitos y mercedes. Yo no he fantaseado esta tristísima pintura; leedla en los procesos de aquel tiempo, en las obras del marqués Virgilio Malvezzi, y en los siete tratados que imprimió en Colonia el P. Juan de Mariana, con los que atrajo persecucion terrible sobre sus canas venerables y ancianidad virtuosa; que el gran empeño de los tiranos todos es siempre hacer pedazos en su locura el espejo que retrata la horrible deformidad de sus vicios.

A pesar de esta interna debilidad y cáncer, España en lo

exterior era todavía nacion grande y poderosa : los célebres tercios no habian perdido aun su valor y disciplina ; aun quedaban generales adestrados en la escuela del duque de Alba y de Alejandro Farnesio , y repúblicos eminentes, que, amaestrados por Felipe II, sabian gobernar los pueblos en los vi-reinatos y dirigir las empresas políticas en las embajadas. A ellos debió Felipe III contemplarlas en su corte, fastuosísimas de Inglaterra y Dinamarca, de japoneses y persianos ; á ellos poder ayudar á Paulo V con un ejército de treinta mil hombres contra Venecia, y al mismo tiempo defender de los grisonos á los católicos de la Valtelina ; á ellos favorecer al Emperador contra el Palatino, ganando sus armas para el Imperio los estados del Conde : facciones ilustrísimas y de eterna memoria. Debió, en fin, á tan excelentes capitanes y repúblicos los reinos de Pegú, de Candía, de Terrenate y Tidore, la isla de Zeilan, y en Africa las fortalezas de Alarache y la Mamora ; descubrir y conquistar para la fe nuevos territorios en América ; ganar en Flándes diez y siete plazas, entre ellas la de Ostende, y apresar en los mares mil y seiscientos bajeles enemigos. Tanto dura el impulso de un buen gobierno, que siguiéndosele otro malo, para él reserva palmas y laureles victoriosos. Traspuesto el sol, aun por mucho tiempo duran los reflejos de su hermosa claridad sobre la tierra.

Dejar á su heredero desembarazado de prolijas y ruinosas guerras fué la ocupacion última de Felipe II, conociendo la mocedad, poca experiencia y ninguna disposicion del Príncipe. Mas del lado de este se puso la fortuna, y con la muerte de Isabel de Inglaterra en 1603, y la de Enrico IV en 1610, cuando amenazaba terrible á Italia, Flándes y los Países-Bajos, se halló libre de dos formidables enemigos, ansiosos de vengar en el hijo las ofensas que del padre creyeron tener recibidas. Jacobo I de Inglaterra hizo amistades con Felipe III;

y María de Médicis, regente de Francia, se prestó á afirmar la imposible alianza de ambas coronas en los recíprocos desposorios de Luis XIII con Ana, infanta de Castilla, y del príncipe Felipe IV con Isabel de Borbon, hermana del monarca francés. Las treguas con Holanda tenían en suspenso por doce años la guerra cruel que agotó nuestra sangre y tesoros; de Alemania parecia huir la discordia; y todo brindaba á España con las dulzuras de floridísima paz, si hubiera merecido la dicha de tener un sábio, justo y benéfico gobierno.

No presentaban, en verdad, tan lisonjero aspecto los negocios de Italia, hecho en ella jirones el manto imperial de los césares, y trocada de reina del mundo en hervidero de pequeñas repúblicas y turbulentos señoríos. Celos y odio en los potentados contra el engrandecimiento español, muestras exteriores de cortesanía y buena voluntad para con el Rey Católico, mas siempre puesta la mira en contrapesar su poderío. Cada príncipe, desvelado en adquirir por fuerza ó maña el territorio del vecino. Todos con azoramiento, recelando anegarse entre la prepotencia de España, el arrojo de Francia y la autoridad providente de la casa de Austria; y á fin de que no los absorbiesen tan grandes coronas, todos, por la propia conservacion, necesitados á enzizañar y enfurecer las unas contra las otras. Veíase á los franceses con requemada envidia por nuestros estados de Milan, ansia viva de su corazón; á los españoles ganosos de abrirse desde Lombardía un camino propio y seguro para los Países-Bajos y Flándes; á los venecianos, con inquietud ambiciosa atentos al Friuli, blanco de sus deseos y sueño de sus conquistas; y á Saboya, desatinada en nombrándole el Monferrato, inolvidable pretension de su codicia. Tantos elementos de discordia imposibilitaban el sosiego en las deliciosas campiñas que riega el Po y abrazan el Apenino y los Alpes. La astucia, arma de los débiles,

estableció allí su trono, y de antiguo estaban acostumbrados los hombres á poner en la guerra el caudal que cada cual tenía, quién la fuerza, quién la maña, peleando con las manos y el entendimiento. Si aquellas se rinden, este no se fatiga; antes gana en robustez y agilidad cuanto mas discurre, saliendo de la lucha los sábios y discretos mejorados, mientras á partido se dan de cansancio los valerosos.

Pero de aquellos pequeños estados uno era quien mantenía perennemente vivo el fuego de tales ambiciones é inquietudes: Venecia.—Pueblo de mercaderes, creció siempre de mover revoluciones en todas partes; labró en los ajenos disturbios su propia tranquilidad, é hizo patrimonio suyo el descuido, la flaqueza y la division de sus vecinos. Más paz y victorias le hubo de dar la guerra que ocasionó á sus amigos que la que declaró á sus contrarios. Solícita aliábase con los príncipes que temia, para destruirlos sordamente á mansalva. Amistades buscaba con los labios, y motines con la bolsa. Sus embajadores eran espías; su abrazo, dogal mortífero; su dinero, estímulo y alimento de sediciones y alborotos en los pueblos de Europa. Bien supo que es menester en otros países encender la guerra y soplarla, pero que en Italia ella por sí arde y se aviva sin fin. Gente, por último (como dice un gran político), nacida al logro, destinada al robo y amaestrada en engaños, su tesoro fué darle á entender y ponderarlo; su religion, la que mas les valia. Alquilados sus ejércitos, aparentes sus armadas, —en las tiendas y gabinetes, no en los escuadrones, eran temibles; vendiendo, no peleando; vociferaban grandes fuerzas y riquezas, y tanto valieron cuanto fueron creidos: su medra estuvo en las sedes vacantes del Imperio y en las desdichas de Italia.

Habia puesto Venecia toda su atencion en dominar como señora absoluta el Adriático; y llamándole golfo suyo (más

por tener fuerzas para defendéle que derecho para adquirirle), fingió habersele concedido en el siglo XII por autoridad pontificia. Hacia fastuosamente cada año la ceremonia de casarse con el mar, siendo antes adulterio que desposorio; oprimía con tributos á míseros pescadores de ambas orillas, despotizaba en los navegantes, monopolizaba el comercio de aquellos países y el de todas las riquezas de Oriente; y disfrazando sus ambiciosas miras con la ilusion y quimera ilustre de la pompa de su libertad, con la fábula de apellidarse propugnáculo de Italia y de la cristiana fe, y con decir que le pertenecía el dominio del golfo por limpiarle de corsarios,—dejaba que le cruzasen á placer holandeses, moros y turcos. En cambio limpiábale bien de los vasallos de cuantos príncipes tenían puertos en aquellas riberas, á saber, el Papa, el duque de Urbino, los anconitanos, los raguseos, el Rey Católico y el archiduque de Austria.

Solo un puñado de hombres belicosos nacidos á las armas y ejercitados en ellas, fugitivas reliquias de nobles croacos, dalmatas y albaneses, oprimidos por los turcos, se atrevió á contradecir á los venecianos aquel monopolio y dominio. Por desprecio llamábase uscoques á tal gente, cual si dijéramos *tornadizos*; y con la proteccion de los reyes de Hungría, que los acogieron por antemural contra la media luna, habitaban lo mas oculto del golfo Quarnaro, en las costas de la Croacia; lugar amparado por la naturaleza con multitud de islotes, escollos y bajíos, fortalecido, no fértil, como eleccion del temor y de la huida. Diéronse á la marinería y navegacion, y fuéles necesario pedir al mar el sustento que les negaba la tierra; con que, andando en corso, á vueltas de naves de turcos, solian osadamente embestir y despojar algunas mercantes de venecianos. Y tanto mortificaron la soberbia de la República, que sin poderlos acabar con suplicios ni reprimir con la fuer-

za, veíalos siempre, despreciadores de los cuchillos y dogales, alzarse cada vez mas temerarios é importunos. Señaló precio á sus cabezas, de ellas puso mercado en la plaza de San Márcos, nunca les guardó fe ni palabra, y resueltamente hubo de jurar su exterminio. Para ello estrechaba á los húngaros, instigaba al turco á fin de que hiciese causa comun en la demanda; y jamás quiso avenencia que no fuese la total demolicion de Segna, principal guarida de aquellos valientes aventureros, y su completa dispersion y alejamiento de los mares. Pero, como á los reyes no pareciese lícito consentir en esta bárbara crueldad, la Señoría, ciega de ira y despecho, llevó á sangre y fuego varias veces la guerra á los estados de Ferdinando, archiduque de Austria, que por el emperador Matías, su primo hermano, gobernaba la provincia en que vivian los uscoques. Al fin con él se empeñó en fiera lucha, imaginando haber llegado la hora de usurparle los puertos que tenia en el Adriático, y de echarse á mano airada sobre el Friuli, arrebatándoselo al Imperio.

De esta manera el Rey Católico se vió en el trance de tener que ayudar con tropas y abundantes subsidios metálicos á su cuñado el Archiduque, presunto heredero del trono de los césares, y de oprimir á sus enemigos por caso de honra é interés de familia.

Venecia era impotente á arrollar las fuerzas castellanas é imperiales unidas; mas en su astucia y mañoso arte cifró toda la esperanza. Ahora pues hizo ya el último esfuerzo, ó para extirpar de Lombardía el dominio español, ó por lo menos para impedir á Felipe III amparar lo extraño, obligándole á defender lo propio. Hacer el Milanesado independiente de la señora de ambos mundos fué empresa que la República puso por obra con la mayor cautela dos años antes, en el de 1613, valiéndose del arrojó é índole de uno de los potentados, el fu-

nestamente famoso Cárlos Emanuel, duque de Saboya. Y aquí, permitidme, Señores, que os traiga á la memoria aquel pecho valeroso y entendimiento inquieto, aquella naturaleza no igual á su estado, antes codiciosa de gloria sin medida. Ni el beneficio le obligó nunca, ni la adversidad pudo vencerle. Capitan bizarro para acometer las mayores monarquías, un dia se atrevió á Francia, otro á España, otro al Imperio, y hubiera desafiado á todo el orbe. ¿Cómo no ambicionar Cárlos Emanuel el título magnífico y sonoro de libertador de Italia? Cómo no empeñarse en conseguirlo? Con él le deslumbró Venecia, con él inflamó ánimo que tan poco necesitaba; y en las revueltas que hubieron de seguirse pudo la República lucrarse á manos llenas: que los gobiernos mercaderes trafican lo propio con los frutos de la tierra que con la vida y las lágrimas de los hombres.

Volvamos atrás, á ese año de 1643, en que, á deshora y de golpe, Cárlos Emanuel se apoderó del Monferrato, hermosa parte de los estados de Mántua, con ánimo de hacer allí escala para el nuestro floridísimo de Milan. La corte de España debiera haberse puesto de acuerdo con la de Francia, y refrenar por negociaciones diplomáticas al Duque; pero nunca declararle, como le declaró, con precipitado consejo la guerra. Y esto, despues del yerro gravísimo de elegir para el gobierno de Milan á un hombre prendado y obligado por el mismo duque de Saboya: al marqués de la Hinojosa, á quien este príncipe fió en España el cargo de ayo de sus hijos, colmándole de títulos y mercedes. ¿Quién ya vacilaria en explicar por la antigua dependencia y por dádivas recientes, la conducta ambigua y aun traidora de este general en la lucha? Oficios sospechosos para dejar inerte al de Mántua, mientras se prevenia el audaz saboyano; flojedad en los aprestos bélicos; acaso las operaciones militares; estudio de ponerse en situa-

cion, no de dar, sino de recibir, leyes; por tres veces desaires de vencido; ocasiones malogradas, tréguas inconvenientes, paces mal hechas: tales hubieron de ser los frutos de haber confiado á entremetidos y compradores los cargos que pedian el celo de beneméritos y honrados.

Ni aun satisfizo á los gananciosos la paz ó tratado de Asti, en 1645; que lo mal hecho es desabrido siempre, á quién por la pérdida, á quién porque no ganó mas.

Sin embargo, afortunadamente España logra volver en sí, contemplando damnificada su majestad y deslustradas las armas de Lombardía; niégase á ratificar aquellas malas paces, depone al miserable Hinojosa, abre proceso contra él, y nombra gobernador de Milan á D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, persona solícita del servicio de su rey, de suma entereza y valor y de alta sangre. Pocos meses despues el gran Tellez Giron, duque de Osuna, ascendia al vireinato de Nápoles, y se formaba, juntamente con el marqués de Bedmar, nuestro embajador en Venecia, aquel insigne triunvirato que ofrecia larga era de prosperidad y gloria á los blasones de Castilla.

Ya será en vano que, por evitar los socorros de Felipe III al archiduque de Austria, agote Venecia crédito y caudales para fortalecer y alentar en su árdua empresa al duque de Saboya; que los comandantes del territorio francés limítrofe (no sin connivencia secreta de su corte) le refuercen con hombres y caballos á la deshilada; y que el temible Lesdiguières, gobernador del Delfinado, bajando dos veces de los Alpes en son de guerra, favorezca abiertamente al discolo ambicioso. En vano que la falaz Venecia, mintiendo devocion á España y deseo de hacerla árbitro en sus diferencias con el archiduque Ferdinando, conserve su embajador en Madrid, para sobornar oficiales y secretarios indignos, y saber, con las pro-

puestas de los consejos, las determinaciones del Monarca; en fin, que alarme á los católicos asoldando tropas holandesas y pretendiendo introducir en Alemania la herejía para nuevas inquietudes.

Osuna y Villafranca, por los avisos que recibían de Bedmar, se penetraron muy pronto de la conducta doble y alevosa de la República; y al punto aquel triunvirato no vaciló en declararse contra ella, resuelto á esgrimir sus propias armas, hiriéndola de muerte por los mismos filos. Sin perder tiempo el gobernador de Milan hace levadas en Germania y Borgoña, en el país de los esguízaros, en el reino de Nápoles; recluta los casi deshechos tercios de Lombardía, y con tal ardor prosigue la campaña contra el saboyano, que si la anterior se llamó *del duque de Lerma*, á esta comunmente nombraron *la guerra de D. Pedro de Toledo*. Bárbara locucion del pueblo, dispuesto siempre á olvidar que los príncipes las determinan, los capitanes las dirigen y los soldados las pelean, sin que de otro modo sea lícito ni decente aventurar las vidas y haciendas de los ciudadanos. El Toledo venció á Carlos Emanuel en una batalla campal; tomóle, á 26 de julio de 1617, la importante plaza de Vercelli, que era la llave del Piamonte, y le estrechó de tal modo, que tres meses despues vino á obligarle á firmar la paz con España, y á deponer las armas cansado, pero no harto.

Sin embargo, el terrible golpe para la Señoría fué el verse con las tropas del milanés á la frontera; mientras el duque de Osuna, metiendo en el golfo sus poderosos galeones, esperaba y rompía la armada de venecianos afrentosamente en las costas de Dalmacia, y les tomaba las mahonas y en ellas todas las riquezas de Levante.

Ved, Señores, en un momento rotas las cadenas que por tres siglos cerraron aquellos mares; libre el comercio de sus

riberas; trocados propiamente en leños los bajeles vacíos de hombres, que le oprimian; á los uscoques en Nápoles con buena correspondencia, permitida y no mandada; á los venecianos retirando de la Istria sus ejércitos, para presidio de sus marinas y guarnicion de sus bajeles; el hambre y el miedo en la ciudad; esta empeñada en mas de un millon de oro con sus hijos, y de siete con los extraños; recelando saco á toda hora, sin saber qué hacer, ni acabar de creer lo que le sucedia; forzada, en fin, á implorar el amparo de Felipe III contra un vasallo suyo (1). Ahincadamente solicitó la hidalga mediacion de este noble y piadoso monarca para la paz con el Emperador y Archiduque; y esforzando los ruegos, autorizando las quejas, creciendo las calumnias contra el Virey, paró el golpe decisivo que amenazaba aniquilar su comercio y grandeza.

Al punto desembarázase el Adriático de quillas españolas, y alentada Venecia, agita las negociaciones de la paz, tan pronto en Madrid, como en Roma, como en Paris, desplegando las mas refinadas artes de su política maquiavélica. Ahora nombra árbitro al Rey Católico, ahora desaira su providencia y autoridad; ya se compromete con el Cristianísimo, ya de ello se muestra arrepentida; lucha entre el temor y la codicia, entre el recelo y la esperanza. Quiere deshacer lo hecho, y se excusa con decir fué demasía de sus embajadores; les retira los poderes, los llama á la ciudad, y allí los premia y desagravia. La sinceridad no va con las disculpas, las satisfacciones frívolas semejan ofensas; de lo que mas cuenta le tiene se muestra mas quejosa. Pero tal es la dicha de los que viven con engaño en el mundo, que todos le conocen y todos se le dejan gozar impunemente. Fomentan venecianos las guerras de Lombardía, y consiguen apartar léjos de sí las armas

(1) Carta de Bedmar, de 16 de octubre de 1618.—Quevedo.—Albornoz.

españolas; ofenden á dos reyes tan grandes, y alcanzan una paz honrosa y útil. ¡Cuánta virtud es menester para rendir culto á la verdad, si vemos que sale siempre mas ganancioso el artificio!

Feneciéronse los tratados en Paris, y la corte de Madrid los aceptó magnánima, á 26 de setiembre de 1647. Pero nueve meses corrieron, y bajo especiosos motivos la República no cedia en los aprestos militares, ni retiraba los cuatro mil holandeses, cuyos servicios le eran ya inútiles, su conservacion gravosa, y riesgo y amenaza su indisciplina é insolencia. Muy al contrario, saca de Holanda nueva gente y la solicita de Inglaterra; astuta y revolvedora, levanta á los bohemos contra su nuevo rey el archiduque Ferdinando; al duque de Saboya suministra un extraordinario subsidio para retener en Italia el ejército francés, instiga á Lesdiguières á que repase los Alpes, y envia 200,000 ducados al turco para que destruya á Ragusa. ¡Qué manera de hacer paces! Qué bajeza, qué maldad, qué perfidia (1)!

Ahora, que ya conocemos á Venecia (aunque nunca tan bien como ella conocia la debilidad y corrupcion de la corte de Madrid, y lo que debia temer de nuestros ministros en Italia), examinemos, Señores, qué hay de cierto en la famosa conjuracion de 1648. Preparémonos á saber no pocas muertes y castigos; pero no esperemos contemplarlos justificados por horrendos y extraordinarios crímenes. Y sobre todo, renunciemos á encontrar en la historia esos centenares de hombres justiciados, y lo fantástico y maravilloso que nos suspende en el teatro y en la novela. Para seducir y halagar cuenta la imaginacion con otros recursos y libertades que el juicio; mas la severidad histórica rechaza toda gala que no sea

(1) Archivo general de Simancas: Estado, legajo 1,918.

la humilde y sencilla de la verdad. Veamos pues qué hacían Tellez Giron, Cueva y Toledo mientras tan alevosamente se portaba la República.

No pudo ocultarse al triunvirato español el poco miramiento y respeto con que trataban aquellos hombres todas las cosas, y lo mucho que convenia mirarles á las manos, sin dar lugar á sus peregrinas invenciones. Resolvió pues que de nuevo la armada del duque de Osuna entrase en el Adriático, « juzgando esto el mejor modo de paz para hacella con honra (1); » y que algunas milicias del gobernador de Milan caminasen la vuelta de Lodi, en son de apoderarse de Crema. A punto de suceder estuvo, habiendo hecho ofertas de vender la plaza al Toledo un Juan Berardo, cabo de las compañías francesas que la guarnecian. ¡ Tanto era el universal disgusto de los soldados, y tan poco ha de fiarse en gente alquilada y advenediza! Fué bien recibida en Madrid la entrada en el golfo; puso por las nubes el consejo de Estado los servicios del Duque, estimándole único freno á la perfidia de la Señoría; autorizóle el Monarca para repetir aquella faccion siempre que lo creyese oportuno, y sin mediar aun el primer trienio, prorogó por otro mas al insigne Giron el vireinato de Nápoles (2).

Al saberlo Venecia, con razon se tuvo por perdida. ¿ Era este el resultado de prodigar sus agentes en Madrid el oro para corromper á los enemigos personales del Virey, de realizar con apariencias las calumnias, de seducir á los incautos, de doblar á los mas experimentados consejeros (3)? ¡ Tres años mas en Nápoles el duque de Osuna, y para siempre interrumpidos el monopolio y jurisdiccion de aquellos mares, deshe-

(1) Carta de Osuna á S. M., fecha á 14 de octubre de 1617: archivo general de Simancas.

(2) Archivo de Simancas: Estado, legajo núm. 1,880.

(3) Archivo de Simancas: Estado, legajo 1,918. — Albornoz, lib. III, cap. 7.

chos los bajeles de la República, arruinado el comercio, que le granjeaba oro abundante para comprar seguridad y reposo, sin medios de desempeñarse, por tierra su crédito, imposibilitada de sostener la balumba de intrigas, con que vivía dichosa á fuerza de tener en hirviente desasosiego el mundo! ¡Tres años mas, y recobrarian su independencia los pueblos que sojuzgó, y se resistiria la plebe á sufrir los malos tratamientos de los nobles, y de señora, se veria esclava la reina del Adriático! Aquella aristocracia de mercaderes, que compran cara su libertad, por el miedo que les cuesta, sabe que gran número de mercenarios, descontentos por la escasez é informalidad de las pagas, hablaban de desercion y motin, y que varios cabos de ellos iban apalabrándolos y prendándolos á su devocion para que los siguieran, no sin intentar primero alguna hazaña que satisficiese con holgura sus quejas y codicia. Oyó y temió. Los denunciadores y espías abultaban sus confidencias en proporcion del pavor veneciano; y ya se creia ver ardiendo las atarazanas y galeras, á saco las aduanas y el tesoro, y por la explosion de una mina envueltos y despedazados entre escombros los senadores. Era ciertamente para alarmar á gobierno tan receloso la turba de aventureros, espadachines, corsarios y ladrones que componian las tropas asalariadas. Los instantes preciosos; grande la diferencia de tener cuatro mil hombres auxiliares, á verlos engrosar las huestes enemigas: en tales circunstancias, las entrañas de los políticos no ceden á respetos humanos.

Reunióse el consejo de los Diez; puso á contribucion el ingenio de los repúblicos mas discretos y famosos, y entre los varios pareceres, adoptó, segun dicen, el de Pablo Sarpi, fraile servita, como obra de ultimado maquiavelismo (1). La

(1) Ortiz y Sanz, lib. xix, cap. 2.

resolucion fué el exterminio de los cabos de la desercion ó motin; pero con tal sigilo y prontitud, que á un tiempo mismo sorprendiesen á la ciudad la nueva y el castigo del crimen. Acordóse prescindir de formas y trámites, no decir la causa de aquellas justicias, guardar estudiada reserva, y que todo quedase para siempre envuelto en el mayor misterio posible. Así, aun cuando juzgasen los buenos y prudentes menos mal del que sonaba, materia habia para que siniestramente lo interpretasen ignorantes y mal intencionados (1).

En efecto, habiéndose hecho varias prisiones, á 14 de mayo de 1648, cinco dias despues improvisamente aparecieron con la señal de los traidores, colgados de afrentoso patíbulo en la plaza de San Márcos, dos hermanos franceses, Juan y Cárlos Desboleaux, y ahogados en los canales y lagunas cierto Nicolás Renault, capitan de la propia nacion, un sacerdote que habia llegado de Nápoles, y seis infelices más del regimiento recién venido de Holanda. Este espectáculo llenó de consternacion á Venecia, cuya alarma subió de punto al oír que vidas y haciendas de los ciudadanos estaban en gravísimo riesgo. Pero unida á semejante nueva, hacian subrepticamente correr otra los decenviros, de ser autores de la conjuracion nuestro embajador Bedmar y el virey duque de Osuna. Púsose cuidado en señalar como instrumento de aquel execrable delito al normando Jacques Pierres, ausente á la sazón en la flota con un cargo subalterno; y sin darle ni tiempo siquiera para confesarse, el general Barbarigo hizo que le arrojaran al mar dentro de un saco. Un Langlade, su amigo y camarada, corsario y hábil petardero, que tambien estuvo al servicio del Virey, fué arcabuceado en Zara, y con ellos perecieron tres criados. Mientras tales castigos se verifi-

(1) Capriata, lib. vi, pág. 511.

caban fuera, repitiéronse en la ciudad, á 26 de mayo, nuevas é impías ejecuciones de franceses y holandeses; de forma que en estos dias la República hubo de inmolar á su recelo y miedo quizá treinta desgraciados (1). Las fábulas de Saint-Real suben el número de las víctimas nada menos que á seiscientas, asegurando cupo tan miserable suerte á cuantos con el normando y Langlade tenían vínculos de amistad y conocimiento, y á infinitos oficiales y soldados de las marinas. ¡Tan ávido se muestra el novelista francés de lo extraordinario y maravilloso!

Casi por milagro salvó la vida nuestro D. Alfonso de la Cueva, cuyas casas apedreó y quiso incendiar aquel pueblo ocioso y turbulento, excitado por las injuriosas invenciones y calumnias que se esparcian contra el nombre español. Pero fiando en su inocencia, y con desprecio del peligro, aventuróse el dia 25 á pisar la calle y presentarse al Colegio, esto es, al Vice-Dux, rodeado de los sábios y consejeros de la corona (2). Allí con ánimo entero y acento de verdad contradijo el rumor calumnioso que encendia la mala voluntad del vulgo, desbarató la armazon de culpas que se le achacaban, y justificando sus acciones, pidió seguridad para su casa y persona. Cortésmente le hubo de responder el Colegio, remitiéndose, como suelen, al Senado; y no le hizo el menor cargo ni imputacion ninguna sobre las hablillas del vulgo (3). Mas

(1) Cartas de Bedmar y Osuna, existentes en Simancas. — Las del embajador de Francia, Bruslart, desde 6 de junio á 19 de julio de 1618. — Entre los castigados cuenta Nani á Lorenzo de Nola, Roberto Revellido y Vincencio Roberti, gentes bellacas y baladíes.

(2) El dux Nicolás Donato habia muerto, y el nuevo, Antonio Priuli, no entró públicamente en Venecia hasta el dia 28.

(3) Carta de Bedmar al Rey, con fecha 26 de mayo. — Comunicacion de su secretario al Colegio, en 27 del propio mes. — Despacho de Leon Bruslart de 6 de junio. — Capriata, lib. vi. pág. 511.

el populacho cedió poco en sus amenazas é insolencias; y á 13 de junio tuvo el respetable embajador que abandonar la ciudad y refugiarse en el Milanesado. Salió públicamente en la mitad del día, pasando por los sitios mas principales, con los visos y apariencia de un ordinario viaje de recreo. ¡ Ya en la Señoría no está Bedmar! Ya Venecia se ve libre de aquel atento observador de sus designios y engaños, de aquel ministro cuyos avisos en Milan, Nápoles y Alemania desconcertaron siempre sus maquiavélicas intrigas (1)!

Pero la imaginacion se trasporta irresistiblemente á esos conciliábulos en que los decenviros y venecianos mas sagaces decidieron de la vida de tantos hombres y de la hidalga reputacion española. Paréceme que los oigo con el miedo de ver deshechas sus alquiladas huestes, ó en manos del enemigo por traicion algunas fortalezas, ó á saco la ciudad, dolerse de que sus bandidos paduanos Barison y Zabarell hubiesen, diez meses antes, malogrado en Nápoles el intento de asesinar al duque de Osuna (2). Paréceme, sí, contemplarlos dis-

(1) Ahora logró el triunfo que no pudo alcanzar el año anterior. Acababa entonces de llegar la nueva falsa de una victoria contra los galeones del Virey; frenética la plebe, corrió al palacio de la embajada insultando á Bedmar, y colgó de un cadalso y dió al fuego la estatua del invencible Giron; bien que muy pronto el humo de ella les sacó las lágrimas á los ojos, cuando supieron las pérdidas y desastres verdaderos en las aguas de Zara y de Lesina (a).

(2) Sin orden de Venecia, por librarse de su bando, y como obra acepta á la República, emprendieron juntamente con un Francisco Pagano, envenenador, tamaña traicion contra la persona del Virey. (—Avisos de Bedmar al mismo, de 5 de agosto y 2 de setiembre de 1617: en el archivo general de Simancas.)

Que el principal cuidado del gobierno veneciano, y por el cual fingió lo de la conjura, fué el temor de que los descontentos entregasen al enemigo (en acecho por Bedmar) algunas plazas de las que custodiaban, consta de una comunicacion del consejo de los Diez á los sábios del Colegio, fecha á 31 de julio, publicada por Darú.

(a) Albornoz, lib. v, cap. 6. — Nani, lib. III, año 1617.

curriendo medios extremos para expeler de la ciudad al embajador aborrecido, y encendérseles de placer el rostro, cuando con el castigo de hombres inquietos y de fe dudosa, encuentran un arbitrio para excitar contra España la general indignacion. ¿Cómo allí no traer á juicio la denuncia hecha por el corsario Jacques Pierres al Gobierno, de que el Virey, por medio de sus agentes, disponia entregar al fuego las atarazanas y galeras de Venecia? Y ¿cómo olvidar que este propio designio estaba calificado de infame dos siglos habia por el sábio rey D. Alonso V de Aragon, que siempre quiso vencer bien, legítimamente y sin engaño, ó nunca haber victoria? ¿Qué no dirian en ocasion tan apurada (supuesto que por el oro suyo, en España detestables oficiales y ministros violaban los mas importantes secretos), qué no dirian aquellos repúblicos, si llegaron á saber que fué propuesta del duque de Lerma, á 10 de junio del año anterior, en el consejo de Estado, aunque el Monarca no se adhiriese nunca á su dictámen, «que convendria advertir al marqués de Bedmar buscarse modos de ganar algunos holandeses de los que han ido al socorro de venecianos, para que se amotinen ó reduzgan al servicio de S. M. (1)?» En fin, señores, ¿qué partido tan grande no se podia sacar de haber hallado en poder de aquel Renault las plantas de varias plazas de la Morea, y estensas notas y arbitrios para su conquista (2)? ¿No descubrian tales papeles un gran proyecto de Jacques Pierres con-

(1) Biblioteca Nacional, Q. 27 : *Pareceres del duque de Lerma desde 1613 hasta 1617.*

(2) El francés Renault, confidente de Jacques Pierres, «era natural de Nevers, viejo, borracho, jugador, tahur, cobarde, y de todos por sus maldades conocido». (Carta del embajador de Francia, que publicó Darú.) El Virey no quiso nunca admitirlo al servicio de España, por hombre poco fiel, segun carta del duque á S. M., fecha en 24 de julio de 1618 : archivo de Simancas.

tra los turcos? Estos, por las grandes presas que les habia hecho en Levante aquel aventurero, ¿no pedian sin cesar su cabeza? ¿Cuándo ocasion igual de tener á la Sublime Puerta finamente obligada, y acabar con un hombre en quien no habia que fiar y del cual todo lo malo podia esperarse (1)?

Jacques Pierres, francés de Normandía, corsario de profesion, espíritu grande, pero nutrido en crueldades y rapiñas, ambicionó en muchas ocasiones hacer figura en la política europea, y á cada hora cambiaba para ello de amos y de enemigos. Despues de haber mandado las galeras toscanas, peleó á favor del pabellon de Castilla. En 1617, ingrato, abandonó al duque de Osuna y se fué á embaucar á Simeon Contarini, embajador de Venecia en Roma, con no sé qué misteriosos proyectos de la corte de España contra el imperio otomano. De allí pasó á la Señoría, ofreciéndole sus servicios y denunciándole tramas é intentos inícuos del duque de Osuna. Siempre tenia misterios que revelar é intrigas que conducir este hombre. Codició servir á la República, mas en primera línea; ser capitan é instrumento suyo y del rey de Francia, coligadas ambas potencias para favorecer al duque de Nevers en la atrevida y novelesca empresa de sublevar contra la Media Luna los cristianos de Oriente (2). Hallábase á principios de 1618 á la cabeza de una porcion de soldados mercenarios, corsarios y bandidos; érale de tedio su forzada ociosidad, y de gran disgusto lo infructuoso de sus negociaciones para tener representacion é importancia en Venecia, cuando

(1) Carta de Bruslart, 6 junio 1618. — Que los venecianos trataron de ganarse las albricias del turco, resulta evidentemente probado en cierto documento que acompaña á un despacho de Bedmar, de 3 de setiembre, existente en Simancas: (Estado, legajo 1,930.) En cuanto vieron que se traslucia la verdad, el dux Antonio Priuli á 16 de junio dió orden al residente en Milan, Marino Vincenti, para que desvaneciese semejante voz á toda costa.

(2) Carta del embajador Bruslart, fecha á 6 de junio de 1618.

enseña á sus amigos un dia, desde la cúspide de San Márcos, los tesoros y palacios de la opulenta ciudad, que andaba tan remisa en confiarle sus naos. Aquella no era todavía una conjuración terminantemente organizada, ni mucho menos solemne y patética, como la que fantaseó el abad de Saint-Real, ambicioso de ser el Salustio de nuevos Catilinas, ni como la que fingió para el teatro Otway; novelista aquel con engañosos disfraces de historiador, y este, poeta.

Pudieron muy bien el normando y sus secuaces haber deseado el auxilio ú autorización de Bedmar y de Osuna; pero aun cuando ministros tan caballeros é hidalgos no hubiesen sido poderosos á desaprobando la maldad en lo mas oculto de su pecho, ¿cómo autorizarla, disponerla, hacer tratos, embajadores y vireyes con tahures, espadachines, truhanes y borrachos (1)? La idea de complicidad está diametralmente opuesta á estas premisas y á cuanto arrojan irrefragables documentos, que publicó Darú, contestes, sin discrepar en lo esencial un ápice, con los preciosísimos del archivo general de Simancas, dispuestos hoy para ver muy pronto la luz pública.

El corsario normando confió sus proyectos á un Baltasar Juven, delfinés, recién llegado á la capital; mas temiendo este que en el golpe de mano fuese para los españoles la ganancia, lo puso en noticia del Gobierno. Fueron tambien delatores Gabriel Montcassin, natural del Languedoc, y un tal Lacombe, vagamundos y espías. Pero, á excepcion de Juven y de uno de los imputados (el capitán francés Tournon), acusados y acusadores perecieron miseramente.

Grave y estudiado silencio afectó el consejo de los Diez con los ministros de las naciones extranjeras. Engañando á los

(1) Leopoldo Ranke, *De la conjuración contra Venecia en 1618*; Berlin, 1831.

propios suyos, hubo de prevenirles seriamente que no entrasen con los príncipes en ninguna explicacion sobre esto, ni al rey de España diesen la menor queja. Aquella reserva y la precipitacion de tantos suplicios espantaban al mismo Senado; siéndole ofensa ignorar la causa de ellos. Súpola mal y tarde, no le pudo satisfacer, ásperamente reprochó á los decenviros; mas la razon de estado forzóle á dar por bueno y jurídico lo hecho (1). Estériles fueron las duras acriminaciones del Rey Cristianísimo y el vivo sentimiento y desusada indignacion del Católico; los embajadores de la República, el uno en Paris y el otro llamado al Escorial, se expresaban en términos oscuros y susceptibles de muchas interpretaciones. ¿Sirvieron de algo, por ventura, en la Señoría las quejas del ministro francés M. de Léon Bruslart, ni que á presencia del Dux, lleno de razon, desconcertase cuantas hablillas corrian de la conjuracion entre el vulgo? Los procesos, los papeles en que estaban consignadas las denuncias, las órdenes é instrucciones, todos los datos que reunieron los Diez, se entregaron á las llamas; los muertos, muertos se quedaron; difícilmente desaparece la mancha de la calumnia (2).

Hizo instancias el gobierno veneciano para la remocion de Bedmar; y el de Madrid le trasladó á Flándes, no sin desagrarle primero, ofreciéndole diez mil ducados de ayuda de costa ó un título de duque, y obtener que se le promoviese á la púrpura vaticana. Hé aquí, Señores, una cosa por extremo significativa. Muy cierto de la inocencia de D. Alonso habia de estar Felipe III, porque ante el menor escrúpulo cejado hubieran su sana mente y su conciencia inmaculada. Tampoco mancha ninguna encontrarían en él los favoritos de Feli-

(1) Carta del embajador Bruslart, 19 de junio. — Otra del Senado al embajador de la República en España, fecha 2 de julio.

(2) Carta de Bruslart, 28 de agosto. — Capriata, lib. vi, páginas 510 y 511.

pe IV, cuando no pudieron embarazar que se le honrase con las mitras de Palestrina y Málaga, donde desplegó las mas altas y cristianas virtudes (1).

Bedmar ha salido de Venecia para siempre, y sin embargo, la ciudad vive todo el verano y el otoño en alarmas continuas, presa de hondo miedo. Receló motin de los mercenarios ingleses recién llegados, y á muchos los colgó de las entenas; llevó al cadalso (tan solo por traer pistolas) á cuatro criados del general de la República D. Juan de Médicis, ilustre florentino; volvió en octubre á justiciar nuevos franceses; y como viesan los decenviros que ya el pueblo se mofaba y reia de su fábula sangrienta, llamándolos de tiranos, á 26 del propio mes, vociferando estar descubierta la conjuración, rinde gracias al cielo por haber salvado el trono de la libertad y el decoro de Italia (2).

Pero temo que los enemigos de nuestras glorias me condenen de parcial y me nieguen el crédito por español, y español entusiasta del célebre triunvirato. ¿No se pudo muy se-

(1) D. Alfonso de la Cueva, que nació en 1572, á los treinta y cinco años obtuvo la embajada de Venecia, y á los cincuenta fué creado cardenal; murió en su obispado de Málaga por agosto de 1655.

Muchos atribuyen á este varon insigne, y otros dicen que mandó escribir, un precioso libro que se intitula *Squitinio della libertà veneta*, impreso en Mirándula por Juan Benincasa, año de 1612, y que tenemos en castellano, merced á Antonio de Herrera. No es del Embajador; la opinion mas cierta le supone de Márcos Velsler ó Welsler, natural de Augsburgo, y no falta quien le crea de Nicolás Peiresc. Desazonó por extremo la obra á la Señoría; el Dux invitó á Pablo Sarpi á que replicase; pero, como se excusara con decir que era mejor dejarlo todo quieto, se encargaron de la respuesta el holandés Teodoro Graswinckel y los genoveses Escipion Errico y Rafael de la Torre. ¡Tiempos santos aquellos en que sobre el hecho estaba el derecho, y se discutia y hacia fuerza lo justo ó injusto, lo fundado ó infundado!

(2) Cartas de Bedmar, 11 de octubre y 2 de noviembre; de nuestro cónsul Tomás de Zornoza, fechas á 27 de octubre y 24 de noviembre; y de Léon Bruslart, á 25 de octubre.

cretamente (paréceme oírles) dar orden á D. Alonso de la Cueva y á D. Pedro Tellez Giron para que conspirasen contra Venecia? Y aborreciéndola ambos, ¿serian omisos en ejecutar lo que se les mandaba? — Designios semejantes, ni se avienen con la piedad del Rey ni con la hidalguía de la nacion. No hubo tal mandato: cartas reservadísimas de Osuna y Bedmar á Felipe III, existentes en Simancas, hasta la evidencia lo ponen fuera de duda. — Pues bien (insistirán ahora), atendidas las ideas de aquel siglo, ¿cómo no suponer que se propasaron á mas de lo que se les previno aquellos ministros españoles de Italia, hombres de grande energía, despreciadores del Gobierno supremo, por notoriamente incapaz y corrompido, y que emplearon contra el astuto enemigo las propias vedadas armas que esgrimia? — ¡Dais tal valor á esos hombres, y les atribuis la empresa mas imprudente y absurda, á todas luces imposible, que por fuerza se habia de descubrir, que aun lograda, seria de eterno baldon y oprobio á sus autores; que de un modo ú otro los pondria en ultimado peligro! ¡Destruir á Venecia! Pues ¿no vendrian allí Francia, Alemania, Turquía, la Italia toda para reprimir y castigar al que en su delirio lo intentase? ¡Tratar España de enflaquecer á Venecia! Pues ¿no acababa de entrometerse á reconciliarla con Ferdinando? Odio igual se tenian españoles y venecianos. ¿Cómo entre tantos justiciados no segó la República ni siquiera una cabeza española? Malos semblantes, á fe mia, tiene esto de matar de improviso, con precipitacion injustificable, á Jacques Pierres sin dejarle hablar ni tomarle declaraciones, cuando se le llama cabeza y principal instrumento de la conjuracion. Pocos visos de maquinacion catilinaria ofrece esta, cuyos cabos están dispersos: el normando en la flota, Langlade enfermo en Zara, Renault camino de Francia, los hermanos Desbouleaux malquistos con Jacques Pierres y

á punto de salir para Nápoles (1). Además, ¿iban á derrocar la República dos corsarios, un viejo ébrio y cobarde, y unos cuantos aventureros sin fama ni crédito ni recursos? Y sobre todo, ¿quién ha de imaginar que Osuna acometiera empresa tan descabellada, teniendo sus bajeles muy léjos del Adriático, mientras era dueño del golfo la armada veneciana (2)? ¡Conspiracion singular es esta, sin armas ni testigos, contradicha por las denegaciones de los acusados, y ¡cosa peregrina! por el acelerado suplicio de los mismos denunciadores; más, por la indignacion del Senado contra los decenviros! Venecia, tan acriminadora de nuestras acciones, solícita siempre de nuestro descrédito, ¿cómo, ni en público ni en secreto, ni con amigos ni con adversarios, nos imputó jamás crimen semejante (3)? Costumbre inalterable de aquella edad fué justificar con manifiestos, autorizados por los príncipes ó sustentados por jurisperitos de fama, las resoluciones graves, las quejas de unas potencias con otras, y hacer públicos los agravios que recibian. Era entonces principio inconcuso que la justicia consiste en la materia y en la forma, estimándose tales manifiestos un tributo debido á la razon, y muestra de que no se obraba contra ella: infinitos son los documentos de esta especie, franceses, alemanes, españoles y saboyardos. ¿Vacilaron por ventura castellanos é imperiales en publicar, despues de la victoria de Praga, cuanto descubria la perfidia de Venecia, y sus intrigas para levantar á los bohemos y enflaquecer al Rey Católico (4)? A existir pues datos contra nuestros ministros de

(1) Cartas de Bruslart, fechas á 3 y 19 de julio.

(2) Carta de Osuna á S. M., en 24 de julio de 1618.—Capriata, lib. vi, página 510.—Albornoz, lib. vi, cap. 5.

(3) Capriata, lib. vi, pág. 511.

(4) Tales datos se imprimieron en 1621, con título de *Cancellaria secreta Anhaltina*.

Italia, ¿Venecia habria vacilado en justificar sus quejas y lo hostil y alevoso de su anterior conducta con España, sacando á luz el proceso de la conjuracion de Bedmar (1)?—No hubo datos (me replicaréis): Bedmar fué tan sutil conspirador, que, aislando la trama, supo burlar la veneciana inquisicion, é impedirle que siguiera el hilo hasta él.—Bedmar, como sacerdote y caballero, protestó secretamente á su rey que tal suposicion era estravagante calumnia (2).—Malogrados, se niegan los intentos; felices, se proclaman; lo que vencidos es crimen, es glorioso título vencedores.—En materia de honra, no son armas de ley argumentos de pura malicia. Mientras no se hallen pruebas de haberse mandado á Bedmar que conspirase, y mientras no se destruyan sus cartas en cifra y los documentos fehacientes, propios y extraños, que hasta hoy ponen en su punto la honradez española, de sanos es creerla, de honrados proclamarla con entusiasmo.

«Señor (decia Bedmar á Felipe III), ¿por qué está mudo el leon de San Márcos? Porque si se atreviese á decir que yo tuve parte en el negocio de franceses y holandeses, le redarguyeran de falsario, no solo en toda Italia, mas los buenos y desapasionados de su mesma ciudad.» «Cuando mas se quejen de vuestros ministros los enemigos de V. M. (añadia el duque de Osuna), es cuando está V. M. mejor servido. Si no fuese D. Alonso quien es, de su persona se hallaran satisfechos. Esles útil por amor al turco, ó necesario para restablecer la militar disciplina, castigar bandidos de Francia, temiendo á Francia y á su rey; ¡y niéganles con impiedad los sacramentos, y atribuyen sus delitos á negociacion de D. Alonso y mia! Gente que no tiene vasallos de quien valerse, debe

(1) Capriata, lib. vi, pág. 512.

(2) Cartas descifradas de Bedmar, fecha 2 y 9 de junio, 22 y 29 de julio, y 23 y 30 de setiembre, existentes en el archivo general de Simancas.

pagallos y despedillos, no haber de estar siempre sospechosa de sus mismas armas. Yo creo que á sentirse con fuerzas para saquear á Venecia esa turba de galeotes, lo intentara, ayudados de holandeses; que los que no sirven á su rey, tanto vienen á hacer la guerra á los mismos que los traen que á sus enemigos. Pero darnos al Embajador y á mí por instigadores dello, es hablar en lo excusado. Se quejan á V. M. de mis acciones, maquinan contra mi persona, quieren perderme. ¡Despique indigno de ofensas que yo les hice con las armas en la mano! Híceselas acudiendo á las obligaciones de mi sangre y de fiel vasallo; y los apreté mas, porque no entendieran aflojaba á tiempo que ellos traian tan ruines inteligencias contra mí, de que saben me curo poco. Mandóme V. M. sacar del golfo los galeones, y obedecí. Si V. M. me permitiera ponerme sobre un escollo, en él juntara gente con el crédito y valor que Dios me ha dado, para que duramente padecieran lo propio de que me calumnian. Compadézcase V. M. de nuestra reputacion, y hallará muchos vasallos que aventuren vida y honra, comprando los trabajos á precio de servir á su rey (1).»

Tales palabras de santa indignacion serian un sarcasmo al valor y á la inocencia, si esta no se hallase reconocida por nuestros naturales adversarios los franceses, por los desapasionados historiadores inmediatos al suceso, y lo que es mas, hasta en cierto modo por un escritor que ciñó la ducal diadema veneciana. Examinad todos los despachos en cifra del embajador de Francia, Bruslart, y allí encontraréis defendida mil veces y proclamada la honradez española. Oid al arzobispo de Lyon, ministro en Roma de Luis XIII, pidiendo un nuevo tratado de Cambrai contra la Señoría. Leed á Gabriel Nau-

(1) Cartas originales, en el archivo general de Simancas, de 22 y 24 de julio: Estado, legajos 1,930 y 1,881.

dé, y en sus *Golpes de estado* sabrá desarrebozar el intento de la supuesta conjuración. Os la niega el exacto y juicioso historiador genovés Capriata, y afirma que destruyó el Senado los papeles todos referentes á ella. Y por último, siglo y medio despues, el dux Márcos Foscarini, en su libro *Della letteratura veneziana*, ¿quién no verá que desprecia las fábulas de Saint-Real, novela con ínfulas de verdadero relato, que abultó é hizo tomase vuelo el rumor de 1618 (1).

(1) Hé aquí los datos relativos á él, que he tenido á la vista:

Año de 1618. *Cartas originales* de Osuna, Bedmar y el cónsul Tomás de Zornoza á S. M., existentes en Simancas. — *Instrucción* de Bedmar á D. Luis Bravo, sucesor suyo en la embajada (Biblioteca de Madrid, S. 217). — *Correspondencia* autógrafa de M. de Léon Bruslart, ministro de Francia en Venecia, que dió á la estampa Darú. — *Avisos* del gobierno veneciano á sus residentes en Madrid y Milan; y *extractos* de los registros del Colegio, con un oficio del secretario de nuestro embajador, y algunas comunicaciones del consejo de los Diez; todo vulgarizado por el mismo cronista. — El puso tambien entre los documentos justificativos, para mayor ilustración, los espúreos y falsificados, á saber: el *Sommario della congiura fatta contro la serenissima republica di Venetia*, la carta de J. Pierres á Osuna, el plan de la interpresa de la ciudad, la novelesca deposición del supuesto Jaffier, etc., etc. — *Conspiration et trahison admirable des espagnols, nouvellement decouverte, contre la seigneurie de Venise*. Carta que se supone escrita en esta población á 21 de mayo, y fué inventada é impresa como hoja suelta en Paris, á principios de junio. — *Mercure françois*, tom. v, 1618, páginas 38-40. Explica la conjuración por el descontento de las tropas.

1621. *Memorial del pleito que el Sr. D. Juan Chumacero y Sotomayor, fiscal del consejo de las Ordenes y de la Junta, trata con el duque de Uceda*. En él resalta la inocencia del virey de Nápoles y la perfidia veneciana. — Quevedo Villégas: 1.º *Mundo caduco y desvarios de la edad en los años de 1613 á 1620*; 2.º *Grandes anales de quince dias*, y 3.º, 1628, *Lince de Italia ú Zahorí español*. Como de testigo presencial y tan gran entendimiento, hago míos sus juicios y palabras. — 1629. Fr. Márcos de Guadalajara y Javier: *Quinta parte de la historia pontifical y católica*. Afirma que la ojeriza y mala opinion que del duque de Osuna tenían los venecianos llevábalos á atribuirle cualquier escándalo y motin, como lo de Jaques Pierres y lo de Marano en los confines de Istria. — 1630. D. Bernabé de Vivanco: *Historia del rey D. Felipe III*, MS. de la Biblioteca Nacional. El autor, ayuda de cámara de aquel príncipe y de su hijo Feli-

Réstame para concluir mi tarea, traer aquí ahora, epilogando los hechos que habeis oido, la explicacion mas probable de castigos tan bárbaros y numerosos. Voy pues á signi-

pe IV, apura las frases para pintar á Osuna como el caudillo mas valiente, el ministro mas entendido y el mas cumplido caballero.

1638. *Dell' Historia di Pietro Giovanni Capriata libri dodici*; Génova, M.DC.XXXIX. En el libro sexto desmiente la conjuracion, y asegura, sin que el tiempo haya podido desmentirlo, que el Senado inutilizó todos los papeles referentes á ella.—Gabriel Naudé: *Golpes de Estado*. Sostiene que fué uno de ellos lo de la supuesta conjuracion, para deshacerse de Bedmar los venecianos.—1656. D. Diego Felipe de Albornoz, canónigo y tesorero de la catedral de Cartagena: *Guerras de Italia desde el año de 1613 hasta el de 1634*, MS. de la Biblioteca Nacional. Sigue á Capriata y le justifica y amplia con noticias peregrinas, y todas de firmísimo origen.

1662. Bautista Nani, caballero y procurador de San Márcos: *Historia della Republica veneta*. Este veneciano embajador é historiógrafo, siete años despues de muerto el octogenario Bedmar, fué el primero que sostuvo en un libro la fábula de la conjuracion, imputando á los españoles, y dando apariencias de verisimilitud á la calumnia. Es inexacto y apasionado, y le ciega la ira contra Osuna. Disgustó en Madrid su obra por extremo.—1666. Luis Videl: *Histoire du connestable de Lesdiguières*. De este fué secretario el autor; dió crédito á las hablillas de la conjuracion, y se preocupa mucho con la especie de que Osuna pretendió alzarse con el reino de Nápoles.—1674. El abad de Saint-Real: *Conjuration de Venise*, obra de pura imaginacion, en que se aprovechan algunas relaciones y documentos apócrifos, y aceptan todas las versiones del suceso, por contradictorias que parezcan; llena de anacronismos, de yerros y falsedades en las fechas, en los nombres y en las cosas; pero con sumo interés é ingenio escrita.—1676. Vittorio Siri: *Memorie recondite dell' anno 1601 sino al 1640*. Mas laborioso que exacto, hombre de ninguna crítica y farfullon, incluyó en ellas varios de los documentos falsificados, que corrian de mano para diversion de los ociosos, y de los cuales se habia valido Saint-Real.

1682. Tomás Otway, poeta inglés, dió á los teatros su famosa tragedia *Venice preserved*, inspirada por el novelador francés.—1684. Juan Bautista Birago copió á Nani al continuar los cuatro libros de Juan Bautista Vero, *Rerum venetarum*.—1685. Amelot de la Houssaie: *Histoire du gouvernement de Venise*. Aceptó como moneda corriente lo de la conjuracion de Bedmar, y en sus notas políticas é históricas á Tácito manifestó dar crédito á que Osuna quiso alzarse rey de las Dos Sicilias.—1694. El milanés Gregorio Leti, *Vita di Don Pietro Giron, duca d' Osuna*, Amsterdam, M.DC.XCIX. Compilador embustero, sin juicio nin-

ficaros el juicio imparcial que se forma leyendo las comunicaciones secretas de los embajadores de España y Francia á sus respectivos gobiernos, y los pocos rastros que Darú y ninguno, sin opinion propia, admite y junta cosas opuestas y contradictorias. Qui-so autorizar falsamente con los nombres del Sansovino y Martinioni (¡anacronis-mo grosero!) el relato de la conjuracion tal como resulta de la novela francesa.

1723. Pedro Giannone, jurisconsulto y abogado napolitano: *Istoria civile del regno di Napoli*. Plegóse á la relacion de Nani en todo lo de Venecia, sin estudiar ni profundizar lo cierto en aquellos archivos.— No es veraz tampoco Muratori al decir, de propia autoridad, que en esta ocasion un gran número de franceses y españoles fueron ajusticiados; y Voltaire anduvo tan ligero como solia, calificando de exactísima con este dato la narracion del novelista.— De ella tomó los sueños y anacronismos el abad Tentori, en sus *Ensayos sobre la historia de Venecia*, tachando, empero, todo lo que ofende á la hidalguía castellana.— 1756. El abogado Pedro Juan Grosley, *Discussion historique et critique sur la conjuration de Venise, et sur l'Histoire de cette conjuration par l'abbé de Saint-Real*, pulverizó esta fábula.— Mallet Dupan hubo de replicarle por espíritu de escuela.— 1758. Víctor Sandi, noble veneciano: *Principi di storia civile della republica di Venezia*. En el lib. x, cap. II, art. 2, copia á Nani, compila á Saint-Real, y falta á la verdad asegurando haber visto documentos fidedignos, cuando hasta ignora la fecha de los sucesos.

1760. El dux de Venecia Márcos Foscarini manifiesta que el escritor francés dió importancia á lo que casino la tuvo, alterando la historia por deleitar y cautivar á sus lectores con lo maravilloso.— 1768. El marqués de Paulmy, embajador de Francia en Venecia, califica de engaño la tal conjuracion.— 1795. D. José Ortiz y Sanz, dean de Játiva, en el *Compendio cronológico de la historia de España*, acabado de publicar en 1803, «No era necesario (dice) para ver la impostura y calumnia en la conjuracion, mas que saber que los decenviros consultaron en todo á Fr. Pablo Sarpi.»— 1800. M. Chambrier, miembro de la academia de Berlin, cree que J. Pierres conspiró contra los turcos.— 1819. El conde Darú, administrador del imperio, *Histoire de la République de Venise*, esclarece la inocencia de los triunviros españoles; pero cae en el error de explicar los castigos con la singular especie de que Venecia impelia al duque de Osuna para levantarse con las Dos Sicilias, y descubierta la trama, por ocultar su complicidad, la Señoría mató á los agentes subalternos.— 1824. El Dr. D. José Sabau y Blanco, *Historia general de España*, tablas cronológicas, dice sencillamente la verdad.— 1828. Lo propio D. Alberto Lista en su *Narracion de los sucesos principales de la historia de España desde el año de 1600 hasta 1808*.— 1834. Leopoldo Ranke: *De la conjuracion contra Venecia*. Explica el suceso con gran criterio

Ranke han descubierto en los archivos de Venecia. Disgustó á las tropas asalariadas la paz entre el Emperador, el Archiduque y la Señoría, porque les quitaba toda esperanza de pillaje y saqueo. La República, en sus apuros y deudas, no satisfacía puntualmente á los estipendiarios; los cuales, desabridos por ello, amenazaban amotinarse. Jacques Pierres, que solo vivia de aventuras y de arriesgados intentos, despechado por no alcanzar en Venecia la representacion que ambicionaba, ni el socorro de bajeles para las empresas de Levante, trató de ser él quien cogiese el fruto del general disgusto de los soldados. Instales á desertar de sus banderas; bríndales ahincadamente con las del duque de Nevers, heredero de los Paleólogos, única esperanza de los infelices griegos, que gemian bajo la opresion musulmana, ansiosos de romper sus cadenas, y lisonjea su arrojo y codicia, ponderándoles el fácil logro de los proyectos que le habia confiado aquel príncipe, de echarse á deshora sobre la isla de Chipre, sublevar á Grecia, y hacer de la Morea un reino cristiano independiente (1).

y tino.—1837. Cárlos Botta: *Storia d' Italia, continuata da quella del Guicciardini, sino al 1789*. Por disculpar á Venecia, la pasion le ciega hasta el extremo de ser duramente injusto con Darú, de confundir los hechos, de barajar los tiempos, de aceptar como verdades los mayores absurdos y las fábulas mas gratuitas de Saint-Real. Entrando en la liza con juicios anticipados, malogró su buen ingenio y deslució argumentos y observaciones oportunas.—Dionisio Ladner, *The cabinet cyclopædia*, tom. III, pág. 255, cae tambien en los propios errores; y, confesando las virtudes cristianas del triunvirato, piensa conciliarlo todo con decir que los españoles se habian formado una falsa conciencia, y quienes servian á Dios sacrificando á los inocentes y desvalidos, bien podian servir á su rey con el asesinato y el incendio.—1856. D. Modesto Lafuente, *Historia de España*, tom. xv, ha cerrado con llave de oro la puerta á la contienda, poniendo en su punto la verdad, y dejando victoriosamente justificada la honra de española.

(1) Cartas de Bedmar y Osuna de 22 y 24 de julio y de 28 de agosto, existentes en Simancas (Estado, legajos 1,930 y 1,881), que concuerdan maravillosa-

Si hallándose muchos en número aquellos franceses y holandeses quejosos, pudieran haberse arrojado á no salir con las manos vacías, y reintegrarse de las pagas saqueando este ó aquel barrio de la ciudad; si pensaron en alzarse con tal cual galeaza, y antes de partir acometer alguna maldad de renombre y provecho, — nadie me lo pregunte. Pero ¿quién imaginará que denunciado á gobierno tan prudente y receloso el peligro, no previó todas sus fatales consecuencias (1)? ¿Quién pondrá duda en que estimó, como no podía menos, aquellas maquinaciones un gran delito? ¿Quién se detendrá en afirmar que reprimió la insolencia y evitó el mal ejemplo, aterrando con espectáculos de terrible severidad á los mercenarios? ¿Quién, finalmente, no juzgara árdua resolución castigar con la última pena á los maquinadores, siendo los más vasallos del rey cristianísimo y de Holanda; y quién no tendría por expediente soberano para desconcertar la venganza de estas orgullosas naciones, atribuir á España un execrable proyecto; en una palabra, aquello mismo que hizo temer á Venecia su miedo cobarde y su conciencia enfermiza?

De lo dicho hasta aquí, sin que necesitemos dar tormento ni á las cosas ni á la imaginación, resulta el grande interés que tenia Venecia en el castigo de los extranjeros y en las calumnias que divulgaba contra españoles. De ello se valió para encender los ánimos del pueblo, armarlo y hacerles soportar nuevos empréstitos y gabelas; para ver muy vigilados á los mercenarios y á los embajadores de Francia, fechas á 6 y 26 de junio, que publicó Darú.

(1) Bien pudo recordar entonces que el turco le arrebató en 1570 el reino de Chipre, acometiendo su conquista cuando supuso que la señoría estaba imposibilitada de acudir á la defensa, por haberse volado en Venecia el almacén de la pólvora y decirse que en este accidente habia perecido la armada. ¡Cuánto no temerian del duque de Osuna, á sufrir cualquier descalabro dentro de la misma ciudad!

y defendidos el arsenal, las aduanas y el tesoro; para evitar la desercion de los malcontentos, granjearse al turco, deslucir el valor y la hidalguía castellana, echar de la ciudad á D. Alonso de la Cueva, separar al marqués de Villafranca del gobierno de Milan, y disponer la estrepitosa caída del vi- rey duque de Osuna. Así pudo desarmar á España de fuerzas y de buenos ministros, mientras ella iba armándose de todo; y así enflaquecer nuestra prepotencia en Italia.

Al fijar pues la consideracion en este problema histórico, habeis reparado, Señores, que la astucia tiene su medra en echar á volar por el mundo supuestos falsos, donde haya de ser cada consecuencia un delirio; habeis visto un Rey Católico haciendo la guerra sin ánimo de adquirir, y un duque de Saboya manejándola sin contingencia de perder; al Duque le hallais obrando desde un principio con dicha y siempre con valor, asistido de los protestantes de Alemania por difundir ellos sus errores, de los holandeses por afianzar su propio sosiego, de los malcontentos de Francia en odio á nuestra nacion, y de la Señoría por su ganancia y usura. Y (para no fatigar mas vuestra atencion indulgente) habeis contemplado á Venecia interesante y enzizañadora, ofender una vez y otra sin riesgo á temidos príncipes, y en la hacienda y en la honra al entonces mas poderoso monarca de la tierra. Por último, la habeis hallado ultrajando, cobarde, á tan perínclitos varones, á tan leales repúblicos y cumplidos caballeros como el de Osuna, el de Bedmar y el de Villafranca. Mas ¿no acabais de reparar la poca fineza de temple en las armas que esgrimen la calumnia, la intriga y la facinerosa razon de estado? Consolador es abrir el pecho á la dulce esperanza de que al fin la historia, maestra de la vida y espejo y crisol de lo pasado, mostrará en la tersura de su cristal deformes las reputaciones que la adulacion intentó vestir con los arreos de la hermosura, limpias

y brillantes las que la envidia y ruindad quisieron transmitir mancilladas á los futuros siglos. Porque, Señores, la historia en sus últimos fallos recibe inspiraciones del cielo. Parece que los hombres la escriben; pero remontad la imaginacion, reparadlo bien, y encontraréis allí la mano de la Providencia.



DE D. ANSELMO FERRAZ-CRUZ Y OJEDA
 y bellotas las que la savia y trinidad quisieron transmitir
 mezcladas a los futuros siglos. Porque, señores, la historia
 en sus últimos fallos recibe inspiraciones del cielo. Parece que
 los hombres la escriben; pero realmente la inspiración, toda
 ella, viene y encuentra allí la mano de la Providencia.

CONTESTACION

D. JOSE AMADOR DE LOS RIOS

CONTESTACION

POR

D. JOSÉ AMADOR DE LOS RIOS,

INDIVIDUO DE NÚMERO.

CONTENIDO

D. JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS

No Señores. Contra esa gratuita sospecha no solamente protesta la genial y acendrada nobleza de la nación española vinculada en los fastos de la historia desde las más lejanas edades, sino que responde también, no menos vigorosamente la generosa y fuerte patria de nuestros reyes en Italia. Aun así el por de típicos históricos documentos. Y no se juzga que esta patria merezca los cargos de la posesión de su la disputada conquista, que alimenta la rivalidad de las rin y de España por el espacio de muchos siglos. Hallando des le el momento en que pose su planta en el suelo de Italia el hijo de Fernando el Grande, sus mercedos.

SEÑORES :

UNA vindicación histórica, tan sobria y completa como la estaba demandando el honor patrio, ofendido por la calumnia, es el primer tributo que ofrece á esta docta Academia el señalado escritor llamado hoy á sentarse entre vosotros por sus no dudosos merecimientos. Con la bien enseñada modestia de quien ha consagrado al estudio su vida entera, con la hidalga y franca energía de quien tiene la justicia de su parte, ha comparecido al llamamiento que le hicimos, para defender la inocencia de nuestros mayores en un proceso escandaloso, cuyo legítimo fallo han diferido hasta nuestros dias la interesada suspicacia de los acusadores y la indolente incuria de los acusados.

La obra de vuestro electo cumple al instituto de la Academia : comprobada por cuantos medios puede ministrar el raciocinio, resplandece la verdad en el notabilísimo discurso que habeis escuchado con benévolo afecto, sin que sea lícito sospechar que haya dorado el patriotismo del nuevo académico el afrentoso crimen imputado á nuestros padres, ni suponer siquiera que, lisonjeados por lo satisfactorio de la defensa, os habeis dejado vencer de amañados sofismas.

No, Señores. Contra esa gratuita sospecha no solamente protesta la genial y acendrada nobleza de la nacion española, vinculada en los fastos de la historia desde las mas lejanas edades, sino que depone tambien, no menos vigorosamente, la generosa y cuerda política de nuestros reyes en Italia. Acúsala al par de liviana irrefragables documentos. Y no se juzgue que esta política nace, lograda ya la posesion de aquella disputadísima conquista, que alimenta la rivalidad de Francia y de España por el espacio de muchos siglos. Brillando desde el momento en que pone su planta en el suelo de Nápoles el hijo de Fernando el Honesto, muestra á sus moradores que, si en el campo de batalla era irresistible á sus enemigos la pujanza española, tendíales protectora mano, ceñido ya el laurel de la victoria, mirándolos desde aquel instante con esperanzas de hermanos.

Despedazado estaba por el furor de intestinas discordias, aniquilado bajo el peso de guerras exteriores, el reino de Nápoles, cuando fué llamado Alfonso V de Aragon á disputar la codiciada herencia del esclarecido Roberto. Tras el pérfido asesinato de Andrés de Hungría, que envileciendo el nombre de Juana I, despertó la ambicion de la casa de Anjou, nacida para enseñorearse de todos los estados desvalidos de Europa; tras la muerte violenta de Cárlos Durazo y la excomunion y envenenamiento de Ladislao, su hijo (1), gemia la antigua Parténope en asoladora anarquía, y presa de brutales pasiones, doblábase á la rapacidad de insolentes próceres ó á la astucia de falaces cortesanos. Abrumada por semejante espectáculo, débil para acudir á la enmienda y desautorizada por sus propias faltas, buscaba Juana II escudo y amparo entre los príncipes occidentales, fijando al cabo sus miradas en el primogénito de Aragon, á quien instituia su heredero.

(1) Giannone, *Istoria civile del regno di Napoli*, lib. xxiv, cap. 8.

Mas no fué aquella reina para Alfonso tan constante como la tranquilidad de sus dominios exigia; y quien pasaba á Italia para ceñir pacíficamente la corona de Nápoles, veíase forzado á conquistarla. Luis III de Anjou, y despues de su muerte, el no más afortunado Renato, fueron los paladines elegidos para arrojar de la península italiana las barras aragonesas, trabándose aquella lucha que tan alta significacion é importancia debia tener en los destinos de Europa. Apoyaba Francia las pretensiones de Renato; defendia España la posesion de Alfonso; pero enaltecido este por larga série de victorias, en que, no solo acreditaba la pericia del capitan, sino tambien la bravura del caballero, asentábase por último en el trono de Nápoles, solemnizando su conquista y trasmitiendo á la posteridad su clara memoria en magnífico arco de triunfo.

Pudo temerse acaso que, exasperado por la contradiccion, usara el vencedor aborrecible oficio de tirano: poniendo coto á las demasías de unos, refrenando la venalidad de otros, despertando en estos la confianza, excitando el amortiguado patriotismo en aquellos, administrando á todos justicia é imponiendo á todos el respeto de la dignidad real, antes vilipendiada, ganaba sin embargo Alfonso V el inusitado renombre de MAGNÁNIMO. Sus nobles esfuerzos, inspirados por el anhelo de la gloria, sacaban aquella monarquía del espantoso caos en que los desaciertos y la poquedad de otros príncipes la tenian hundida; y mientras labraba así la prosperidad interior de sus nuevos vasallos, dotándolos de protectoras y sábias leyes, hacíalos temidos y respetados en el exterior, erigiéndose al propio tiempo en árbitro generoso de la paz y de la guerra. El reino de Nápoles volvía á ser, como en la época de Roberto, la más poderosa y afortunada nacion de Italia, merced á la paternal y atinada política ensayada en aquel suelo por el príncipe español que habia ceñido su corona.

Pero, como si no le satisficiera el doble lauro de conquistador y de repúblico, y abrigando sin duda el convencimiento de que no puede ser feliz un pueblo sumido en la ignorancia, aquel ilustrado soberano, en cuyas venas corría la sangre de Alfonso X, aspiró también á emular la gloria del coronador de Petrarca, difundiendo entre sus pueblos la luz de las ciencias y de las letras, lastimosamente olvidadas ó torpemente escarnecidas. Rival espléndido de un Cosme de Médicis y de un Nicolao V, llamó á su corte y reunió en su palacio los hombres mas doctos de Italia, yendo tan adelante en su magnificencia y largueza, que los mismos varones que eran el más preciado ornato de Florencia y Roma no vacilaron en responder á su discreto llamamiento, apellidándole su Mecenas (1).

Ni pudiera tampoco esperarse otra cosa del esforzado caudillo que en medio de las lides, en el tumulto de los campamentos templaba su pecho con la fructuosa lectura de los *Comentarios* de Julio César, y triunfaba de sus dolencias al registrar en Quinto Curcio las prodigiosas hazañas de Alejandro (2). El esclarecido guerrero que, al prevenir el asalto de una ciudad ó fortaleza, imponía á sus soldados, como obligación sagrada, la de respetar todo libro, fundaba con mano liberal selectas bibliotecas y doctas escuelas; y rodeado de numerosa cohorte de filólogos y poetas, historiadores y filósofos, lograba inscribir su nombre entre los mas insignes protectores de las letras italianas, ilustrándolo con el título de sábio.

Tanto fué el empeño que puso en el engrandecimiento y cul-

(1) Entre otros ingenios que pudieran citarse se distinguen los excelentes filólogos Francesco Filelfo y Laurencio Valla: el primero fué coronado de laurel por mano del mismo Alfonso; debióle el segundo el diploma de poeta y de sábio.

(2) Panormita, *De dictis et factis Alphonsi I.*

tura de su pueblo adoptivo, tan sincero el amor que profesaba á los monumentos literarios de la antigüedad clásica, como ingénuo y leal su conducta para con todos los príncipes italianos. Vedle, si no, aprestarse á cortar con el hierro las graves diferencias que sostenia contra él la república florentina: á la cabeza de aguerrido ejército, criado en la escuela de la victoria, parte de Nápoles movido á destructora venganza; mas en medio del camino le detiene una embajada de Cosme de Médicis, quien le conjura para que suspenda el justo enojo, enviándole un códice magnífico de Tito Livio. Y aquel denodado capitán, que, excitado por la resistencia, no hubiera parado hasta poner sus tiendas en la plaza de Santa María del Fiore, no solo refrena la indignación legítima de su pecho, sino que, admitidos tratos de paz, concédele con ella el nombre de amigo, levantando así el crédito de los Médicis en la estimación de los florentines, y duplicando á la faz de Italia su representación é influencia (1).

Política tan ingénuo y leal, buscada en vano por Dante y Petrarca en los emperadores Enrique VII y Carlos IV, naturales enemigos de la casa de Valois; política tan noble é ilustrada, que se compendia dignamente en el peregrino ejemplo que os acabo de traer á la memoria, sobre pintar con propio colorido el no doblado carácter de nuestros abuelos, califica desde luego la dominación española, inaugurada en el continente italiano por Alfonso V, y recibida antes en el suelo de Sicilia cual símbolo de libertad contra la opresión francesa. Lícito me parece notarlo: la dominación española protegiendo al débil y menesteroso, viene á restablecer el principio de autoridad en aquellas desdichadas regiones, despedazadas al propio tiempo por la barbarie y la anarquía; fomenta vigorosamente su cultura; y si puede y debe ser considerada co-

(1) Crinito, *De honestá disciplina*, lib. xviii, cap. 9.

mo un hecho de fuerza, ley de toda conquista, no ha menester cimentarse en la astucia ni perpetuarse con las artes vedadas del engaño.

Reanúdase al destronamiento del último Fadrique aquella respetable tradicion, encendida de nuevo y con mayores brios la antigua enemistad de franceses y españoles. Gonzalo Fernandez de Córdoba en las batallas de Ioya y Cirinola, en los prodigios estratégicos del Garellano, funda la grande escuela de soldados que inmortalizan el reinado de Carlos V, y que avezados á quilatar por el trance y filo de la espada el mejor derecho de sus reyes, hubieran tenido á vilipendio el conceder al fraude de tenebrosos conciliábulos el lauro debido á su bélico esfuerzo. Y no es maravilla; porque no conspiradores, que traficaran con la amistad confiada, poniéndola á vil precio, sino guerreros de ánimo levantado, que ambicionaban la gloria de los antiguos capitanes, salieron de aquel egregio seminario, para eclipsar la fama de sus valerosos competidores y poner las armas españolas en el colmo de su reputacion y de su poderío. Recordemos, para entera confirmacion de estas verdades, las altas proezas, los nombres solos de Antonio de Leiva y Pedro Navarro, de Alfonso de Fonseca y Diego Hurtado de Mendoza, de Ramon de Cardona y Hernando Dávalos, y tantos otros no igualados caudillos, que despertando en el pecho de nuestros soldados inextinguible sed de aventuras, parecian vincular su denuedo y su pericia en un García de Paredes, un Ferrer de Lorca y un coronel Zamudio.

Si pues las guerras de Italia han sido constantemente señaladas por los mas autorizados historiadores como teatro del valor y de la caballería; si no es posible suponer, sin error grosero é incalificable injusticia, que al principiar del siglo xvii habia desaparecido la escuela de tantos héroes como perpetuaron en aquel suelo la gloria del nombre castellano; y final-

mente, si caminando por la misma senda, habían ganado ya gloria y reputación para sí, honra y provecho para su patria y rey, ¿cómo se ha de conceder, sin más prueba que la desmañada acusación de sus enemigos, que un Tellez Giron, un Cueva y un Toledo tomaran plaza de conspiradores, y mezclados con gente desalmada y baldía, mancillaran así el honor de su estirpe?... ¿Cómo se ha de suponer siquiera que, hidalgos y esforzados, como buenos, desdeñaran el galardón concedido á la probidad y á la virtud, para legar á su posteridad el oprobio de los falsarios y traidores?... Complicidad tan vergonzosa, que supondría igual envilecimiento en aquellos tres magnates castellanos, freno y pesadilla con su franco obrar de la Señoría veneciana, demás de ser contraria á las tradiciones de la política, tal vez excesivamente abierta y marcial, que observaron en Italia nuestros padres, los pondría también fuera de la comunión de los hombres honrados.

Y no se me replique, Señores, que dada la probabilidad del éxito y asegurada la ganancia, legitiman las artes de la política la elección de los medios, debiendo por tanto examinarse, al considerar el famoso suceso de 1618, ilustrado por el nuevo académico, si fué todo lo atinado que se había menester la conducta de aquella suerte de triunvirato que sostenía en el centro de Europa la gloria y poderío de España, una vez empeñado en la conspiración contra Venecia. Ni tampoco se añada que á lograr el fin, maliciosa é infundadamente supuesto, hubiera crecido la reputación de la Cueva, Giron y Toledo, coronando la historia su torcido y tenebroso proceder con el lauro de las acciones heroicas. Esa consideración que pretende fundarse en el sentido práctico de la política, no puede en modo alguno admitirse, sin que se vea la historia convertida en arte de conspirar, y de maestra de la vida y espejo de la moral, venga á trocarse en fuente de aberraciones y

semillero de crímenes. Mentir amistad es perfidia; traicion infame ha sido y será siempre el cubrir con los halagos del afecto el puñal de la venganza; y léjos de excitar la admiracion de los futuros siglos, léjos de hallar aplauso en la historia, severa esta y armada de la justicia, condena semejantes ejemplos, poniendo la marca de los réprobos en la frente de sus perpetradores, y abrumándolos bajo el peso de la indignacion universal que sus nombres despiertan.

Hé aquí por qué la empresa acometida por el nuevo académico es altamente meritoria, y no puede dejar de ser aceptada á los ojos de una corporacion instituida para defender los fueros de la verdad, cultivando la historia patria. Mas el crimen imputado al duque de Osuna y á los marqueses de Bedmar y Villafranca, descansando únicamente en la falaz afirmacion de quien aspiraba á romper las cadenas con que tenian aquellos varones domado su cuello y refrenada su falacia, no solo trae consigo el estigma de la inverosimilitud, pesadas las razones ya expuestas, sino que raya tambien en lo irracional y lo absurdo. Suponiéndolo cometido precisamente en el momento en que mas cumplian á la política española la lealtad y la franqueza, no se ha reparado en que iba tan arbitraria acusacion á desmoronarse por la fragilidad de sus propios cimientos. Porque, demos por sentado que aquella fantasmagórica conspiracion nace en la cabeza de D. Alfonso de la Cueva, y es aceptada y aun recibida con aplauso por Giron y Toledo; demos tambien que, olvidados de su nobleza, se abajan todos tres hasta el punto de hermanarse con la gente baladí que figura en proceso tan ruidoso, no escrupulizando fiarles tan gran secreto; concedamos que el mismo Felipe III, torciendo de pronto sus naturales inclinaciones, y de príncipe nimiamente piadoso, trocado en sagaz y pérfido repúblico, aprueba la bien urdida trama. Concedamos todavía mas: la conspiracion

ha estallado, y la confiada Venecia es ya presa de los mercenarios, á quienes miraba con seguridad de señora. Sus arsenales y astilleros arden sin esperanza de salvacion alguna; sus almacenes y tesorerías hartan la codicia de los advenedizos; los palacios y moradas de sus nobles y ciudadanos son entradas á saco; los senadores degollados, el consejo de los Diez reducido á total exterminio. Venecia, en fin, ha desaparecido, y Cueva y Tellez Giron y Toledo contemplan logrado el triunfo de sus tortuosas maquinaciones.

Y despues de tan colmado éxito, ¿cuál era el galardón, cuál la ganancia de la política española? El único resultado de semejante hazaña, á mas de la condenacion terrible de la historia, hubiera sido infaliblemente la guerra. Pero no la guerra con un solo estado de Europa, sino con todas las potencias interesadas al par en el sostenimiento de la Señoría y en la reduccion del poderío y grandeza española. Francia, Holanda, Alemania, Turquía, llamadas cada cual de propósito diverso, hubieran desnudado la espada para vengar celosas la ruina de aquella misma república cuya perdicion no les desplacia tal vez en secreto; y regida España por un gobierno débil y apocado, desangrada con la reciente expulsion de los moriscos, que se llevaron tras sí no pequeña parte de la industria, de la agricultura y del comercio, léjos de haber rechazado victoriosamente tantos enemigos, se habria visto desmembrada por la codicia de todos, y reducida á demandar, como única salvacion, una paz vergonzosa.

Ahora bien: ¿pudieran nunca recibir el nombre de políticos, y de políticos entendidos y leales, los hombres desatentados que precipitaran á su patria en tan profundo abismo?... ¿Estaba esto en el interés y en el decoro de la nacion española?... No, Señores: el interés de la soñada conspiracion de Venecia no puede suponerse ni en el gobierno de Felipe III

ni en los ilustrados magnates que representaban en Italia las glorias del nombre castellano, sin dar antes por sentado que gobierno, embajador, general y virey habian caido en aberracion lastimosa. Ni se diga tampoco que, amasada aquella conjuracion por Bedmar, Villafranca y Osuna, á ellos solos debe imputarse la afrenta de tamaña falsía, ignorada por el gobierno de la metrópoli. Esta acusacion, muy de la cuerda de la Señoría veneciana y preludio de otras mas directas y personales, es sobradamente grosera para quien, penetrando en el estudio de los documentos históricos que guardan por fortuna nuestros archivos, haya encontrado en ellos el género de relaciones que existian entre la corte y los citados personajes. Ni una resolucion, ni un paso siquiera se daba en la gobernacion de aquellos dominios ó en la gestion de los negocios internacionales, sin que fuesen oidos préviamente los consejos de Estado y de Italia. Pues si esto es innegable, ¿cómo se ha de creer que los mismos que á cada paso pedian autorizacion y consejo, aun para los asuntos de poca monta, osaran ahora acometer por sí y de propia autoridad tan grande como descabellada empresa?

Mas ya lo dejo indicado: el interés de aquella ruidosa é impalpable conjura estaba en completo desacuerdo con el carácter español, con la política observada constantemente en Italia, y con la situacion del gobierno de Felipe III respecto de las demás naciones. Como ha insinuado cuerdamente el nuevo académico, solo podia ser útil á quien, docto en el arte de conspirar, fiase en ella el remedio de grandes quiebras, midiendo con extremada destreza sus resultados políticos y morales, no ya en el suelo de Italia, sino tambien en las cortes aliadas, indiferentes ó enemigas. Que era Venecia maestra de fraudes y cautelas, levantándose desde humildes principios á la cumbre del poder en brazos de la falsía y de la perfidia; que

avezada desde su cuna al logro y la ganancia, solo miraba á los pueblos y á los hombres como objeto de tráfico y de usura, no desconcertando sus planes ni la sangre derramada al desarrollarlos, ni el compromiso de mayores crueldades; que era para ella cosa harto despreciable la fé de la amistad y la fé de los tratados, no guardando mas consecuencia que la del interés, y olvidando, siempre que á este convenia, las obligaciones de la gratitud; y finalmente, que rodeada de sombras é impenetrables misterios, fundaba toda su fuerza y prestigio en la irresponsabilidad inquisitorial de sus actos (los cuales, no solo ponian espanto en sus propios hijos, sino terror en los extraños),—no hay para qué traerlo á tela de juicio. Timbres son estos ganados por la Señoría desde que, pugnando por encimarse á las demás repúblicas y estados independientes de Italia, nacidos de la gran victoria de Lignano, sostuvo con la ciudad de Génova larga y porfiada contienda, obteniendo al cabo lucrativo triunfo en aquella lid de mercaderes. Acrisolábalos por cierto en mas altas ocasiones, de que no son exíguo testimonio los escándalos de los Querinis y de Marino Faliero (1); y en mas cercanos dias habia dado á España claras señales de lo que valian su gratitud y su fidelidad, quilatadas por su interés y provecho (2).

No pretendo aquí, Señores Académicos, hacer el proceso

(1) 1310-1354.

(2) Esta política no era nueva en Italia: Dante coloca en la fosa octava del círculo octavo del *Infierno* á Guido de Montefeltro, haciéndole padecer dentro de una llama tormentos horribles por haber aconsejado á Bonifacio VIII que, para triunfar de sus enemigos, emplease el fraude y la malicia, diciéndole:

Lunga promessa con l' attender corto

Ti farà trionfar nell' alto seggio.

(*Divina Comedia*, *Infierno*, canto xxvii.)

Esta pérfida semilla, sembrada desde tan elevado lugar, habia producido sus naturales frutos.

de Venecia : para comprobar lo que mereció de España y lo que hizo en pago, bastará recordaros que, redimida por la espada del Gran Capitan de uno de sus mayores conflictos, se vió al poco tiempo forzado D. Ramon de Cardona á bombardearla, en castigo de su voluble deslealtad; no siendo tampoco para olvidada su conducta en la famosa liga que dió á las armas cristianas el triunfo de Lepanto. Nadie como el Senado podia obtener ventajas positivas de aquella memorable empresa, y nadie debia mostrarse mas devoto á España, que habia tomado en ella la mayor parte. Pero ya lo sabeis : cuando Roma, Italia toda, España y Europa fiaban más de los pactos asentados con la Señoría, falaz y tornadiza, como siempre, se apresuró á firmar en secreto las paces con el turco, burlando la ponderada prevision de Felipe II y encendiendo el justo enojo del *jóven de Austria* (1).

Pues bien, Señores : si esta enseñanza debemos á la historia; si apretada ahora Venecia por el valor de Osuna y Villafranca, y desconcertada una y otra vez por la prudencia de Bedmar, que habia llegado á conocerla, veia contrastadas sus eternas pretensiones y mermado de pronto su poderío, ¿qué mucho que apelase, en su profundo despecho, al último de los artificios para arrojar de sí aquella triple coyunda? El tenebroso suceso de 19 de mayo de 1648 dió al mundo irrecusable testimonio de la trabajosa agitacion en que el consejo de los Diez se consumia; y arrastrados juntamente al suplicio los supuestos delatores y los presuntos reos, la precipitacion y el secreto de un castigo, que alcanzaba al par á leales y traidores, ponian de relieve que se encubria algun misterio de im-

(1) La Real Academia de la Historia premió por voto unánime, en el concurso de 1853, la del *Combate naval de Lepanto*, escrita por el florido y juicioso historiador don Cayetano Rossell. Véanse en ella, sobre esta paz, que califica el autor de *traidora*, las páginas 148 y siguientes.

portancia bajo aquella ejecucion horrorosa. Sordo rumor comenzó en breve á levantarse, en que el nombre español se mezclaba. Nació la calumnia; pero nació para deslizarse entre sombras, vaga, incierta, sin fórmula ni carácter determinado; destinada sí á penetrar sordamente en los gabinetes de los estadistas, y dirigida á labrar en el ánimo del gobierno de Madrid, presentando á la Señoría en actitud de víctima, el descrédito de aquellos varones ilustres que desafiaron una y otra vez al leon de S. Márcos para que sacase á la luz del sol sus quejas y acusaciones.

Débiles ó asustadizos los ministros de Felipe III (ya lo habeis oido), aconsejaron al piadoso monarca que removiese al Toledo de Milan, y llevaron despues á Flándes al generoso la Cueva, quien, todavía calientes los cadáveres de acusadores y conjurados, habia pedido cuenta al consejo de los Diez de las pérfidas sospechas que contra su nombre se derramaban entre el vulgo. Comenzaba de esta forma á sazonar el fruto de la calumnia; mas no pudiendo arrancar del suelo de Nápoles al duque de Osuna, que se perpetuaba en el vireinato, menudeó sus ponzoñosos tiros; y culpándole de usurpador y de tirano, extremóse en la defensa de los derechos reales, mostrándose en tan grave asunto mas interesada y solícita que el mismo consejo de Italia. No es esta por cierto la vez primera que fué tentada y calumniada la fidelidad de los caudillos españoles con la brillante expectativa de la corona de Nápoles: ceñida la sien con los laureles de Pavía y cubierto el pecho de mortales heridas, timbres gloriosos de su lealtad y de su bravura, habíase visto forzado á vindicarse de la nota de usurpador todo un marqués de Pescara, cuya inocencia, dignamente defendida por su virtuosísima y discreta esposa (1),

(1) Vittoria da Colonna: esta ilustre señora es la primer poetisa de su tiempo. Ariosto dijo de ella, al leer las poesías consagradas á la muerte del marqués

se acrisolaba solo en su temprana muerte. La misma acusación, que inquietó un día al conquistador de Granada y puso dudas en la probada lealtad del vencedor de Cirinola, cundió pues con igual cautela que la relativa á la famosa conjura; y mientras Venecia se disponia á recoger el fruto de su habilidad, escalaba los régios alcázares, sembraba en ellos recelos y desconfianzas, y trascendia por último á la historia.

Pero ¿en qué fundamentos estribaba?— Escritores hay que, atentos solo á sacar culpado al duque de Osuna, no muestran escrúpulo en dar participacion á la misma Venecia en el intento de levantarse el Virey con las Dos Sicilias: concebido el proyecto por el consejo de los Diez, en 1617, cede fácilmente el Duque á sus halagüeñas sugerencias; y cuando Consejo y Virey temen que pueda aquel plan descubrirse, decretan el exterminio de sus agentes subalternos, que no otra cosa son los justiciados en 1618 (1). La prueba irrecusable de este convenio estriba, en sentir de tales historiadores, en que fué siempre escaso el número de los muertos en los combates marítimos que dió el de Osuna á venecianos. Ninguna duda abrigan otros de que, arbolando el Virey el estandarte de su casa en las galeras reales, procuraba así ir haciendo la vista de los soldados españoles é italianos al aspecto de sus propias armas, para que, llegado el instante de coronarse rey, no les ofendiera la novedad, y recibiesen ya por costumbre lo que de pronto podian rechazar indignados (2). Declaran otros, finalmente, que, existiendo en los archivos de la Señoría minuta de cierta comunicacion del Dux á uno de sus embajado-

de Pescara, su esposo, que si Alejandro hubiera vivido en el siglo xvi, no hubiese envidiado la trompa de Homero, teniendo á Vittoria por musa. (*Orlando furioso*, cant. xxxvii.)

(1) Darú, *Histoire de la république de Venise*, lib. xxxi.

(2) Id., id.

res, en que le anunciaba el referido propósito de Osuna, no debe caber duda en la culpabilidad del Virey, cuya deslealtad es por tanto manifiesta (1).

Prescindamos, Señores, de la disposición de la república veneciana para urdir todo linaje de tramas, confesándole esta gloria, que no le envidiarémos. Mas, dado el supuesto de la inverosímil seducción del Duque, ¿será nunca el corto número de muertos habidos en cualquier batalla, prueba eficaz de que están de acuerdo los combatientes? Pues ¡qué!... conocido el empeño del Virey por enseñorearse del Adriático, sabido el estado á que redujo las armadas de la Señoría, estudiada la organización de estas, mas aparente que verdadera, no olvidada la antigua y especial estrategia de venecianos, y teniendo en cuenta que la pólvora mas atruena que mata, ¿podrá ser este jamás un argumento histórico?... Y ¿á ley de qué, si procedían acordes el consejo de los Diez y el virey de Nápoles, se quejaba el primero amarga, bien que sagazmente, de la parte que atribuía al de Osuna en la conjuración de 1618, haciéndole blanco de sus mayores iras?... Ni tiene más fuerza la acusación de las banderas: los que la han formulado ignoraban que D. Pedro Tellez Giron, seis meses antes de llevar la armada española al golfo de Venecia, habia sometido á la aprobación de Felipe III el plan de aquella empresa, que solo acomete obtenido el beneplácito del consejo de Estado. Hablando de la armada, decia: «No me ha parecido arbolar estandarte de V. M., porque venecianos formen la queja de mí, con que V. M. quedará mas desempeñado para lo que fuere servido mandarme (2).» Si obrando de acuerdo con su rey, echaba Giron sobre sí todo el odio del

(1) Mr. Leopoldo Ranke, *De la Conjuración contre Venise* (Berlin, 1831).

(2) Archivo de Simancas: papeles de Estado, legajo 1,887, carta de 18 de febrero de 1617.

leon de S. Márcos, cuya frente abatieron sus armas, ¿cómo se ha de conceder la supuesta inteligencia, ni cómo apellidarle traidor por este solo hecho? En cuanto al documento original del archivo de Venecia, tratándose de aquellos tiempos y de tan entendida república, permítaseme decir, con el gran político y profundo historiador don Diego Hurtado de Mendoza:

¡Embajadores!... ¡pobres majaderos!...
 Cuando un engaño forjan los monarcas,
 Por vosotros comienzan los primeros.

El fallo de este proceso, en que solo se descubren incoherentes sospechas, incapaces de producir hoy una prueba histórica tan luminosa y satisfactoria como se ha menester para grabar en la frente del duque de Osuna el baldon de los traidores, si bien propias y adecuadas para labrar entonces su ruina, que era la salud de la Señoría, no puede pronunciarse sin fijar la vista en su situacion personal y en la situacion política del reino de Nápoles. Campo este donde por el espacio de dos siglos disputaron el predominio de Europa franceses y españoles, lograban los últimos su posesion, no sin tener despierta en el ánimo de Francia la antigua injuria, que espiaba con incesante anhelo el momento de la enmienda. Veíalo Venecia como rival afortunado en el imperio de los mares; Saboya y el Piamonte envidiaban su influencia en el continente italiano, sin disimular la añeja y no apagada ojeriza; y en medio de tantos peligros y asechanzas exteriores, tenía España ligado á Sicilia por el estrecho de Mesina; y no muy distante el estado de Milan, refrenábalo tambien por tierra, pudiendo caer en breves dias sobre sus fronteras con poderoso ejército.

Duro con los magnates, que avezados aun á los desmanes y anarquía de la edad media, sostenian el lustre de sus casas, patrocinando á los foragidos, que partian con ellos su

rapiña; implacable contra la afeminación y torpeza que los envilecía, violento en sus acciones, dado á las delicias de mujeres, pródigo de lo suyo y avaro de lo ajeno,— había el de Osuna atraído sobre sí el odio de la nobleza y la malquerencia del clero, quienes, si no fraguaban abiertamente su perdición, esperaban solo el momento oportuno para declarársele irreconciliables adversarios. Favorecíale acaso el aura popular y aplaudíale aquella misma soldadesca, cuya holganza había trocado en varonil esfuerzo, emulando los antiguos tercios de Castilla. Pero ¿eran estos cimientos poderosos á sostener una monarquía fundada en la usurpación y rodeada de tantos escollos, donde infaliblemente debía estrellarse? ¿Podía desconocer el virey de Nápoles tamaños inconvenientes y peligros? Empeño raro es, Señores, el de presentar á este magnate en toda ocasión como hábil conspirador y consumado artífice de engaños, negándole en la mas árdua hasta el conocimiento práctico de las mismas cosas que tenía delante de los ojos. Sin probar primero que fué el duque de Osuna víctima de mental dolencia, no puede admitirse lo absurdo de la supuesta usurpación, que ha pretendido sin embargo escribir su nombre en el catálogo de los traidores.

Soplaba entre tanto la calumnia con mayor fuerza; y hallando dispuesto el combustible en la nobleza napolitana, encendía mañosamente en ella el fuego de la venganza. No prendió desde luego en la corte; antes contradicha por la reputación de leal que gozaba el Duque, hallaba insuperable valedar en la instancia con que una y otra vez había pedido este su retiro. Procedía el consejo de Estado lógicamente rechazando la acusación y conservando al de Osuna en el vireinato; mas, firme en su propósito, tiró la Señoría á desacreditarle en su propio gobierno, metiéndole en Nápoles la insurrección y enemistándolo con los ciudadanos. Voz fué bastante para lo-

grar lo primero la de que iba á introducir en aquel reino el tribunal del Santo Oficio y á quebrantar las inmunidades de la ciudad, cargándola con el alojamiento de las tropas. La asonada fué inevitable ; mas, suspendido el furor de pueblo y milicia á la presencia del Virey, trocáronse en vivas y unánimes aclamaciones los golpes y amenazas, restablecida la calma en todos los ánimos (1). Dió sin embargo este resultado nuevo alimento á las cautelas de sus enemigos ; y lo que debiera ser mérito, y mérito grande, á los ojos de la corte, pareció abrir las puertas á la desconfianza. Dos años se hubieron menester, no obstante, á pesar del empeño con que menudeaban las acusaciones, para doblar la voluntad de Felipe III á llamarle á la corte (2); contrastando grandemente la precipitación tumultuaria con que, teniéndole ya por caído, acudieron los nobles á despojarle del mando, y la tranquilidad con que recibió el Duque la extraña noticia de que el nuevo virey se habia entrado en los castillos y apoderado de las armas. Ni resalta menos la insigne acogida que, llegado á Madrid, mereció al mismo Felipe, exasperando de nuevo á sus enemigos, porque, léjos de verle venir con el abatimiento de virey derribado, le contemplaban entrar en la corte con la pompa de rey triunfante.

El advenimiento al trono de Felipe IV fué señal de persecucion para todos los que privaron con su padre: tocó el turno á D. Pedro Tellez Giron, y con escándalo de toda España y vilipendio de la nobleza de Nápoles, formó el embajador de Venecia el capítulo de culpas contra el Duque, quitado ya el disfraz de las anteriores maquinaciones (3). Tejido desprecia-

(1) Archivo de Simancas: papeles de Estado, legajo, núm. 1,881.

(2) Bernabé de Vivanco, *Historia de Felipe III*, MS. de la Biblioteca Nacional, V. 46, fól. 225.

(3) Darú, tom. iv, pág. 440.

ble de niñerías y de absurdos, indignos de la gravedad de la toga, bastaron aquellos cargos á encerrarle en estrecha prisión, y buscado por la via del tormento el crimen que no podía aquel magnate confesar sin propia calumnia, le alcanzó oscura muerte en medio del martirio.

La política del consejo de los Diez habia triunfado : dió amargos frutos en breve á la corte de España, seducida de sus falsas protestas. No bien salia el de Osuna de Italia, cuando por negociacion de venecianos se adelantaba el turco, antes retraido en los mares de Oriente, sobre las costas de la Pulla, y poniendo en todas partes espanto, entraba á saco á Manfredonia, con grande estrago de sus moradores (1). Estrechando al propio tiempo su amistad con saboyanos y piemonteses, y atenta solo á enflaquecer el poderío de la casa de Austria, levantaba la República á los bohemos, encendia de nuevo la escabrosa contienda de la Valtelina, y dos años despues (1623) veia formada la extraña liga de Aviñon, en que Roma, Francia, Inglaterra, Dinamarca, Holanda, Saboya y no escaso número de estados protestantes de la Germania juraban con ella en secreto la destruccion del señorío castellano y la reduccion del imperio aleman (2). ¡No parecia sino que preludiaba el leon de S. Márcos la gran catástrofe que por mano del mismo imperio le tenia deparada la Providencia!

Tarde advirtió la corte de Madrid sus errores, sin que fuera ya posible reponer en Italia aquel respetable triunvirato, que habia sabido con la fuerza y la prudencia refrenar la astucia y la osadía de los venecianos. Decididos á cortar la raíz de tantos males, pensaron no obstante el emperador Ferdinando II y el rey D. Felipe IV en mandar á Italia poderosos ejér-

(1) Capriata, lib. vii, cap. 1.

(2) Capriata, lib. vii, cap. 10.

citios, que bajo la conducta del renombrado Alberto, duque de Fritlan, destruyesen á Venecia; mas, interpuesto el temible Gustavo Adolfo, detuvo el airado brazo del Austria, y guerreándola por largo tiempo, inutilizó de todo punto los aprestos de Felipe. Pero no sin que buscase desquite el consejo de los Diez, combatiendo con sus ilegítimas armas la prepotencia española, que se iba por desgracia eclipsando cada dia en el concurso de las grandes naciones. Hostigado el monarca español, que tan ingratamente habia pagado los altos merecimientos de Osuna, por los repetidos agravios é injurias que recibia de los venecianos, exclamaba, acrisolando la clara memoria del calumniado magnate: «Si viviera Don Pedro Tellez Giron, gobernando á Nápoles, él les refrenara los brios (1).» Sospecha es de entendidos historiadores que, devota la Señoría á la política francesa, no apareció del todo ajena al simultáneo levantamiento de Cataluña y Portugal, y que fué producto de sus artes extremadas la revolucion de Massaniello, manifestando una vez mas á la faz del mundo que ni olvidaba sus maquinaciones ni se arrepentia de sus maldades.

No otras fueron, Señores, las consecuencias de la incomprendible conjuracion de 1648, trazada solo por quien debia beneficiarla en su provecho, merced á la debilidad y no excesiva penetracion del gobierno español, cuyo lastimoso cuadro ha presentado á nuestra vista el nuevo colega con desconso- lador, mas verdadero colorido. Ni en las tradiciones, ni en los sentimientos nacionales, ni en los intereses de la política española entraba el usurpar á aquel estado de sagaces mercaderes su mas preciosa mercancía. Convertir las pasiones, los vicios y aun los crímenes de los hombres en otras tantas

(1) Vivanco, *Historia de Felipe III*, fól. 225.

fuentes de egoísta bienandanza, sacar la felicidad propia del abismo de los dolores ajenos, y decir con el Satan de Milton: *Mal, sé mi bien*,— dado era únicamente á la famosísima república de S. Márkos, perfecto y acabado modelo del famoso escritor florentino, que glorificaba en las perversas páginas del *Príncipe* la hipocresía y la violencia. No envidiemos para nuestros repúblicos y soldados celebridad tan funesta; felicitándonos de haber escuchado en ocasión tan solemne para esta Academia la justa vindicación de aquellos tres ilustres varones, á quienes debió España eminentes servicios é inmarcesibles laureles; vindicación tanto mas grata para nosotros, cuanto que en estos mismos escaños tiene asiento el último vástago del insigne caudillo, que vinculaba su nombre en la historia de Nápoles y de Sicilia.

Pero antes de apartar la vista del suelo de Italia, fijémosla por un instante en la orgullosa ciudad, que esclavizando el Adriático y apellidándose reina de los mares, tenia declarada eterna guerra al sosiego de todas las naciones. Hundida en mísera servidumbre, amarrada al carro triunfal de sus mas odiados enemigos, arrastra en medio de acerbos dolores las mismas cadenas que forjó en las tinieblas de sus conciliábulos, para sujetar la cerviz de otros pueblos. Alguna vez ha pretendido levantar la frente, invocando su antigua independencia; mas, no cumplida la terrible expiación que la abrumba, ha vuelto á caer postrada á los piés de sus dominadores. La Providencia, que no queriendo consentir por mas tiempo sus crímenes, decretó su afrentosa ruina, señalará el momento de su resurrección, llamándola tal vez á vida menos azarosa. La historia solo puede, en nombre de la moral, consignar sus pasadas culpas y su presente castigo.
